

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XI

1º DE DICIEMBRE DE 1902

Nº 263

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



CUADRO DE LEONARDO DE VINCI



ELENA RICARDO DE REVENGA



DESPUÉS que el acento de nuestro dolor cayó sobre la losa que cierra la honda sima en donde se derrumbó en flor la existencia de la joven y bella esposa de nuestro amigo Manuel Revenga, todavía el afecto, el aprecio y la aflicción, tienen el triste derecho de volver, en doliente romería, hacia aquella trágica huella que la Muerte imprimió sobre la tierra.

No parece sino que faltaran en los ignotos países de las leyendas egregias, lozanas y rientes flores, de orgullosa y opulenta belleza, y aromas en perpetua exhalación, y luces y armonías inextinguibles; y hubiese necesidad de enviar

en solicitud de ellas á la tierra, á un mensajero despiadado, que arrancase con fría-crueldad de la gloria de nuestros vivientes verjeles las corolas maravillosas de ternura, de heldad y de dicha.

O acaso, como soplo agostador esteriliza los senos del planeta, y ambiente irrespirable lo circunda; como las horas se hacen siniestras y cada una anuncia la victoria de un nuevo dolor y la ascensión sombría de todas las miserias, fecundas en tristezas agobiadoras; como en todos los orientes de la vida hay présagos aterradores de tormentas y cataclismos y pávuras, acaso la infinita previsión y la eternal misericordia hayan decretado salvar intactas, antes de que llegue la hora inevitable, esas prefeas de

ventura que fueron puestas en nuestros horizontes de inclemencia....

Empero, ante el inescrutable designio, mudo é inexorable, el ánimo contrabado depone toda energía, todo aliento y toda esperanza, y de rodillas ante el terrible misterio, interroga á los sordos abismos, voraces é insaciables:

—¿Por qué, por qué se van de la tierra la belleza y la virtud?

¿Por qué el fuego de la adversidad consume la floración de la ventura y nos deja el interminable arenal erizado de cardos y de abrojos? ¿También vosotras habéis sido vencidas, oh! Piedad, oh! Justicia?....





EL DOMINGO POR LA MAÑANA. — Cuadro de Jean Veber

ECUACIONES

Verso en que rueden los soles
 Cual en espacios sin término,
 Verso que vaya sonando
 Hasta el confin de los tiempos;
 Como el cauce de los mares
 Por profundo, por inmenso....
 Y, eso mismo, meditando:
 ¿Tiene algún valor el verso?
 La columna prodigiosa
 De humo blanquecino y lento
 Que en la atmósfera templada
 De la tarde, subir vemos;
 La girándula de oro
 De un agave de los cercos,
 La sesgueante golondrina
 Que hace rimas con su vuelo,
 ¿No contienen más poesía
 Que contiene el grande Homero?
 Nace el hombre y en el curso
 De la vida—largo ensueño,—
 La ilusión rodea al alma
 Con la gasa de su velo.
 Cuida ovejas en los campos
 O apaciente grandes pueblos,
 El destino de los hombres,
 No lo dudes, es idéntico.
 Más ó menos sensaciones,

Más dolor ó más deseos,
 Más placeres ó desdichas,
 Es igual. Montes soberbios,
 Donde duermen las edades;
 Selvas y mares eternos,
 Se nivelan con los granos
 De la arena del desierto.
 Por espacios constelados
 Va, sonámbula del cielo,
 Esta tierra que habitamos,
 Hacia donde no sabemos.
 ¿Qué le importa de nosotros
 A Proción? En el etéreo
 Insondable, negro abismo,
 El incomprensible juego
 De las fuerzas nos arrastra,
 Hacia donde no sabemos.
 Y la vida en explosiones,
 Luz aquí y allá reflejo,
 Brota siempre, siempre surge,
 Sin descanso ni sosiego.
 ¿Es la fuerza transformada
 En conciencia y en deseos?
 ¿Es el átomo vibrante
 Luz, dolor y pensamiento?
 Para el Cosmos son lo mismo
 Isafas y un insecto,
 Las teorías de Aristóteles
 Y el ladrar de cualquier perro.

¡Ironía! Nube blanca,
 Bello adorno de los cielos,
 Niebla de oro de las islas,
 De las tardes rojo incendio;
 Sensaciones de lo grande,
 Emociones de lo bello,
 ¿Qué soís? Fantasmas dorados,
 Ilusiones, devaneos.
 Lo que da color á todo,
 Al sentir y al pensamiento,
 Es la máquina sensible
 E intrincada del cerebro.
 Es un mundo y cual el mundo
 Tiene abismos, sol y cielos,
 Y ciudades imperiales
 Y Alejandros y Tiberios.
 El pasado entero vive
 Con su mismo movimiento,
 Nos modela, nos oprime
 Y nos marca con su sello.
 De ese mundo, las ideas
 Numerosas, son el pueblo;
 Se combinan, se fecundan
 Y á otras mil dan nacimiento.
 Y unas viven y otras mueren
 Bajo el cráneo, que va siendo
 Cada vez más semejante
 A la bóveda del cielo.

FLORILEGIO DE POESIAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

A UN POETA NOVEL

Les sots sont ici bas pour
nos menus plaisirs.

REGNARD.

Si tal es tu destino,
Que un acaso siniestro,
Con lazo diamantino
Los impetus del estro
Comprime, y en afanes
Te sumerge y congajas,
No aburrido te encojas,
Ni imbécil te amilanes;
Ni te descorazonas
Si el público se mofa
De tus composiciones.
O si al cantar la estrofa
Que tú extático admiras
Cual tipo de belleza,
Un lector te hace tiras,
Y otro lector bosteza.
Te marcó generosa
Naturaleza un día,
Con señal luminosa,
Y de melancolía,
Y de amor y de lloros,
Te dió vastos tesoros.
Y dijo: «Eres poeta,
No albañil ni escribano.
Eres poeta, hermano,
Y á nada se sujeta
El que nació poeta,
Y ningún yugo aguanta
Quien ama, llora y canta.»
Canta, pues, ama y llora,
Como en Paris se usa,
Y para que la musa
Lance su voz canora,
Aguarda á que se sepa
Por donde al Pindo trepa
La tribu desgredada
Que allá en Paris descuella
Y tú en la misma huella
Fijarás tu pisada.
Siempre ten un repuesto
De horribles impresiones;
La ponzoña, el incesto,
Y las palpitaciones
De un sér no comprendido;
Mujer que el genio inflama,
Y que por todos brama,
Menos por su marido.
En rima concienzuda,
Torba, fiera y sañuda,
Como en horrenda orgía,
Precursora de muerte,
Maldice tú la suerte,
Que con su mano fría,
A obscuridad penosa,
Tus impetus condena;
Y ni en verso, ni en prosa
Ni en folletín, ni escena,
Te abre el ancho camino,
Por donde marcha Hugo,
Tú que del asesino,
Del raptor y el verdugo,
Conoces los misterios,
Y en punto de adulterios,
Con Jorge Sand te igualas;
Tú que extiendes las alas
Por las regiones sumas,
En que se goza Dumas
(Lo pronuncio á lo rudo
Por huir el escollo
Del consonante agudo);
Tú, en fin, tierno pimpollo
De la joven España,
¿Por qué has de verte hundido

En nulidad y olvido?
¿Por qué tu lustre empaña
Jovellanos en prosa,
Burgos y Lista en verso?
¡Injusticia afrentosa!
Cuando en el universo,
No hay quien mas galicismos
En prosa y verso encaje.
¡Oh público salvaje!
¡Oh profundos abismos
Del hado, cuyo azote
Ni respeta bigote,
Ni hace caso de greña!
No cedas: precipita
El estro que te agita
Por la intrincada breña
De la inmensa trilogía.
En sublime leyenda
Traza la patología
De una pasión horrenda.
Compón una balada
De diez versos y medio,
Y por no causar tedio,
Tórnala en ensalada
De ritmos diferentes,
Y si aún de la fortuna
Las amarguras sientes,
Al disco de la luna
Emprende tu viaje,
Con modesto equipaje,
Cual cumple á tu destino,
Y á tu existencia oscura.
Para el largo camino,
Escoge por montura,
Ya que el hado te exime
De viajar de otro modo,
La joroba sublime
Que ilustra á Cuasimodo.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.

VISIONARIA

"Y eran una sola sombra larga....."

JOSÉ A. SILVA.

I

..... Recuerdo..... Es un recuerdo triste..... Sentado
en aspera roca, muy cerca del agua,
veía las olas hervir con reflejos
de limpias escamas.
Las nubes espesas
en lo alto y compactas,
sus copos cuajados de tul y de armiño
del mar el movable cristal reflejaba.

Llegaban las ondas tranquilas y lentas
besando la arena sutil de la playa....
La luz de la luna
la espuma irisaba;
y trajo en sus alas la brisa apacible
lejanos murmullos y suaves fragancias.
Qué noche tan bella,
tan suave, tan fresca, tan linda, tan blanca.

Hendían el aire veloces gaviotas
en rondas lejanas,
así como flechas
por arco invisible lanzadas;
y también á lo lejos, borrando la línea
brumosa y opaca
del vago horizonte, con ritmo batía
su vela una barca.

Hermosos recuerdos de viejos amores,
de dichas pasadas,
en rondas volubles, cual humo de incienso,
llenaron mi alma.
Cuán dulces las horas de vagos ensueños.
Cuán dulces las horas de tristes nostalgias.

Aquel prestigioso paisaje de sombras
inciertas y diáfanas,
hirió mi cerebro cual hiere la lumbre
tan plácida y triste del astro de nacar:
soñaba despierto gozando en mi sueño,
profunda tristeza mi pecho llenaba,
y sentí la caricia de un ósculo ignoto
y lluvia de lágrimas..

II

Veían mis ojos,
—los ojos del alma—
un misterioso desfile de espectros,
de blancos fantasmas,
envueltos en tules,
cubiertos de escarchas,
y una sombra inmensa,
una sombra taciturna, extensa y vaga,
sus mudas siluetas
en la arena de la playa proyectaban.

Pasaron tan cerca,
que vi reflejarse á la lumbre fantástica
los pálidos rostros
de bellas mujeres un tiempo adoradas.
Una en la frente
marmórea llevaba
las huellas de un beso,
de un beso arrancado del fondo del alma.
Aquella lucía
como un manto de oro en la mórbida espalda,
los rubios cabellos que en horas remotas
me dieron sus suaves fragancias.
Y un poco más cerca
muda y triste estaba
la que tanto he amado en la vida,
la imagen que nunca de mi alma se aparta,
aquella que ha escrito en mi libro
la más dulce página
de amores, de dichas, de sueños, de anhelos,
de olvido y de lágrimas.

Aquellas visiones,
con voces confusas—un tiempo escuchadas—,
con voces distintas—que ya no recuerdo—,
me hablaban.....
me hablaban de cosas que tengo en olvido,
de dichas lejanas,
de viejos ensueños,
de mis esperanzas,
ya mustias y seca, cual hojas caídas
de las muertas ramas.

Pasó el misterioso desfile de espectros
y blancos fantasmas
de aquella noche triste,
de aquella noche trágica,
tan suave, tan fresca,
tan linda, tan blanca.

Mas ay! que de pronto
en la húmeda arena sutil de la playa,
alzóse una sombra
envuelta en crespones y fúnebres sábanas.
¡Cuán lívida era!
A mí se acercaba
con paso angustioso
la muerte, la Pálida,
trayendo en los hombros su signo de espanto,
su negra guadaña.

..... La luna entre tanto
la espuma irisaba.....
y lentas, tranquilas, llegaban las ondas
besando la arena sutil de la playa.....

Barranquilla-Colombia.

FERNANDO E. BAENA-

(Para EL COJO ILUSTRADO)



FANTASIA

LA ESTATUA

Viéndose desdefiados por el Rey, el marqués y su hija Aurelia abandonaron la Corte, confinándose en su castillo, morada antigua y señorial que no había recibido visita de sus dueños en muchos años.

Para los desterrados fue doloroso en extremo aquel apartamiento de cuanto había regocijado su vida, y lejos de los bailes y fiestas y de las gentes discretas y agradablemente sabias que les entretenían con su conversación, se aburrieron de modo terrible

en aquel paraje perdido entre los bosques y en donde sólo les visitaban zafios palurdos.

Ambos cortesanos, imbuídos de ideas enciclopedistas algo heterodoxas, no poseían la placidez de alma necesaria para gozar del espectáculo de la Naturaleza. Los montes y los valles, las verduras y las aguas servían de alegre fondo á disquisiciones de escéptica filosofía, y aminoraban con sus tonos apacibles las crudezas de la negación; pero si vistos así, eran tolerables, tal como aparecían ante la marquesita, contemplados de

cerca, sin amigos con quien admirarlos, mientras se discutían puntos filosóficos y escabrosidades del sentimiento, no presentaban aliciente alguno, y la damisela suspiraba de hastío ante ellos.

Para distraer sus murrias, Aurelia emprendió la tarea de modernizar el castillo y el parque. Pero tuvo que desistir de todo arreglo en el primero, pues aquellas murallas de gruesa piedra oscura, aquellas ventanas estrechas y hendidas saeteras, el portón tétrico y los fosos profundos, llenos de agua dormida, que ceñían la base del edificio,

rechazaron todo adorno y desafiaron el gusto voluptuoso y coquetón de la época.

Dirigió entonces Aurelia sus esfuerzos á civilizar el parque, y para conocerlo por completo, una mañana de sol salió dispuesta á recorrerlo.

Cruzó el espacio descubierto que se extendía ante el castillo, y se dispuso á penetrar bajo las bóvedas verdes. Mas al poner el pie en la senda que ante ella serpenteaba, un sentimiento miedoso la hizo detenerse un momento, pareciéndole escuchar á lo lejos, casi imperceptible, entre los rumores de las hojas que bailaban al aire y el zumbar de los insectos infinitos, un suspiro, que sonó por el bosque todo y lo hizo estremecer; pero recordando que, según los últimos sistemas filosóficos, el diablo y Dios eran puras abstracciones metafísicas, se encogió de hombros, y con su traje rosado, cuyo pliegue flotante caía sobre el suelo, abierta la sombrilla color de paja sobre su cabecita empolvada, parecida á un pájaro de cuentos de magia, ó á una flor viviente y andante, adelantó en su camino, se perdió en una revuelta, apareció más lejana entre las ramas verdes, brilló un instante, ya en lontananza, el amarillo del quitasol, y al fin dejóse de ver, hundiéndose en el mar inmenso de verdura, bajo las copas redondeadas que cabeceaban al soplo de la brisa.

Andaba contenta y ligera, evitando troncos caídos, desenganchándose de las ramas rastreras, y ante ellas volaban calladas mariposas, cruzaban el aire abejas de oro; los pájaros huían piando, y las lagartijas desperdigaban sus ejércitos, mientras de vez en vez rayaba veloz el tronco gris de un pino la ascensión miedosa de alguna rojiza ardilla.

Andaba, y á la vez su espíritu se complacía pensando en los arreglos y mudanzas que iba á realizar. «Aquí un laberinto, lleno de escondrijos y revueltas enmarañadas; allí, sobre aquel barranco que las pervincas azulean, un puente rústico; ese montecillo es á propósito para un cenador chino, y estas piedras servirán para la entrada de horrenda caverna oscura.»

El parque se transformaba á su antojo. Fuentes, cascadas, surtidores, lagos lo alegrarían con el canto de las aguas, y la blancura de las estatuas y jarrones regocijaría la vista sobre el fondo esmeralda de los setos.

Por primera vez desde su llegada al castillo no se había aburrido, y deseando ver realizadas sus ilusiones cuanto antes, escribió sin pérdida de tiempo á su amiga Silvia, residente en la Corte, pidiéndole le enviase sin demora un escultor de gusto que diese realidad á sus sueños.

Mientras llegaba el artista, dirigió Aurelia los trabajos de arreglo del parque, y, bajo sus órdenes, las calles se alinearon, cubiertas de rubia arena; los árboles podados aparecieron pulcros y pulidos, los muertos troncos no estorbaron el tránsito de sendas y caminos, y lo que antes fue salvaje floresta se trocó en verjel civilizado.

Una tarde, ya anochecido, llegó el escultor. Traía como recomendación carta de Silvia, donde ésta, después de mil protestas

carifosas acerca de la pena que le causaba la ausencia de su amiga, la rogaba dispensase su protección al artista Lorenzo, el cual, según decía la recomendante, era inspirado y genial, á pesar de su aspecto hosco, extraño y, si pudiera decirse, espectral y satánico.

Cuando Aurelia concluyó de leer la carta á la luz del candelabro que trajeran con tal objeto y miró al escultor, vió que su amiga no exageraba en la epístola.

Vestido de negro, alto, delgado, de ojos profundos, insondables, donde la mirada se perdía, de facciones correctas, hubiera sido un hombre hermoso, á no ser por la palidez de su rostro y de sus manos, palidez extraordinaria, única, que desterraba toda idea de color y hacía pensar en la ausencia de sangre bajo aquella epidermis marmórea. Mirando sus labios blanquecinos, su frente de marfil, y hundiendo la vista en las cuencas sombrías de los ojos, sentíase un estremecimiento que recorría el cuerpo en escalofrío parecido al que produce la visión lejana y confusa de uno de esos fantasmas que vagan al anochecer por las galerías entebrecidas de los castillos.

Aurelia experimentó tan penosa sensación que, para sacudirla, preguntó á Lorenzo noticias de su viaje. El escultor respondió con unas cuantas frases vulgares, pero dichas con voz tan extraña como su aspecto lo era.

Hablaba cual pudiera hacerlo un espectro, sin modulaciones, arrastrando las palabras con melopea tristísima, que cortaba de cuando en cuando una risa apagada y estremecedora.

La enciclopedia le escuchaba, fascinada por el mirar de los ojos profundos, donde se reflejaban temblorosas las llamas del candelabro, y sintiéndose atraída por ellos, dominada por la voz muerta del escultor, experimentaba sensación de vértigo ante aquel hombre, tan poco parecido á un mortal. Pero á pesar de su apariencia de ultratumba, Lorenzo sabía dar á sus obras la vida que en él faltaba. Pronto lo vió la marquesita, pues los bocetos de estatuas y los diseños de fuentes mitológicas que el artista ejecutó al mandato de Aurelia sorprendían por la verdad y fuerza de sus figuras.

Habilitóse un vastísimo cobertizo para estudio del escultor, y allí permaneció encerrado mucho tiempo, trabajando incesantemente. Alguna visita le hizo Aurelia al principio; pero despedhada al verle siempre impávido ante sus gracias, acabó por no volver, y pasáronse los días, las semanas y los meses sin que penetrara en el estudio. Al cabo del tiempo recibió un aviso de Lorenzo rogándola entrara en el taller para que pudiese apreciar los trabajos hechos. Aurelia respondió afirmativamente y, llena de curiosidad, se dirigió al cobertizo.

En la puerta recibíola Lorenzo, indiferente y pálido como de costumbre; entraron los dos. Un grito de asombro brotó de los labios de la marquesita. El vasto espacio aparecía poblado de blancas figuras, que andaban, sentábanse, se agrupaban bailando, corrían asidas de las manos, y moviendo graciosamente los torneados cuerpos, petrificaban un gesto, una sonrisa, con sus bra-

zos inmóviles y su boca entreabierta. Y al través de la multitud de ninfas, driadas, divinidades rústicas y dioses menores, jugaban ágiles quimeras, se retorcían colas de hidras, los sátiros saltaban sobre sus pezuzas caprinas y roto al fin el encanto que las tornó adustas, las esfinges soportaban sonrientes el peso blando de cabalgadores amorcillos que deshojaban sobre ellas coronas de flores.

Adosadas á los muros, ó alzándose, cual blancos montes, sobre la muchedumbre juguetona, se veían grandes composiciones escultóricas con destino á las fuentes y cascadas. Europa se reclinaba inocente sobre el lomo del divino toro, que debía aparecer medio sumergido en el agua, rodeado de cupídillos, caballeros en monstruosos peces, que ondeaban al aire sus colas recortadas y escamosas. Las Danaides subían y bajaban por una escalinata, conduciendo cántaros y ánforas, para llenar el desfondado tonel, de donde escapábase copioso raudal de agua, mientras las desesperadas hermanas homicidas derramarían llantos abundantes, y los monstruos infernales que las rodeaban, el Cerbero, las Furias y las Harpías, arrojarían torrentes de espuma por las fauces feroces. Al lado de esta fuente terrorífica y amedrentadora aparecían otras dos, rientes y tranquilas, representando el nacimiento de Afrodita la úna, y el triunfo de Anfitrite la otra, destinadas ambas á emparejarse en los extremos de un parterre. Eran semejantes: dos conchas servían de carros á las dos diosas, y mientras Venus, erguida y altiva, desafiaba desde la suya al mundo vencido ante su belleza, que adornaban las gracias y las horas, en la otra, Anfitrite, recostada muellemente, se dejaba acariciar por los céfiros, que volaban en grupos graciosos é hinchaban con sus soplos el pabellón flotante que resguardaba á la diosa, en tanto que sirenas y tritones, soplando en caracolas, participaban al mundo marino el triunfo de su señora.

—Os felicito, señor Lorenzo—dijo Aurelia entusiasmada.—El mismo Rey no posee esculturas tan maravillosamente bellas. No es piedra lo que veo, son cuerpos humanos, vivientes y palpitanes. Robáis la vida.

—Eso dicen, señora—repuso imperturbable el escultor;—dicen que robo la vida, que mato á mis modelos para vivificar el mármol. Tonterías, envidiosas maledicencias. ¡Matar! Por qué? Ayudar á morir, tal vez.

Amelia le miró asombrada. El artista hablaba cual si respondiese á un pensamiento oculto. Luégo siguió:

—Aún falta una estatua; falta la escultura que ha de representar á Ariadna abandonada. Ved. Ahí, frente á vos, tenéis el pedestal que la sustentará.

En efecto. Ante ella vió Aurelia un pedión enorme, de granito oscuro, lleno de grietas, de hendiduras y de oquedades, por donde trepaban horribles bicharracos con lenguas de serpiente, uñas de águila y formas indecisas y asquerosas; en la base de la piedra aparecían monstruosos dragones, y rodeando á cierta distancia la mole, cetáceos, que en el estanque se ocultarían entre el agua, inflaban sus redondos hocicos bigotudos.



SEGADORA. — Por Nogué

—Como veréis—segua Lorenzo,—únicamente falta la figura de Ariadna. Ya conocéis la historia de aquella Princesa que, al verse abandonada por Teseo en la isla de Naxos, se arrojó al mar. Este es el momento en el que quiero representarla. Por las paredes de la roca ascienden los celos y las lágrimas, que son esos feos animales; la desesperación, las quejas y las penas aguardan abajo su vez para saciarse en la víctima, que en tanto llama á Teseo, invisible ya tras el horizonte. Los peces disformes surgen y le aconsejan el suicidio, que la hará reposar en la paz profunda de la nada, y Ariadna erguida al borde del precipicio, parecerá llamar con sus brazos al raptor,

mientras sus pies se deslizan hacia la muerte. ¡Oh! ¡Qué hermosa estatua! ¡Será mi obra maestra!

—Hacedla, esculpídla—rogó Aurelia.

—No tengo modelo para ella—contestó el escultor, mirándola fijamente.

—¿Os serviría yo?—preguntó la marquesita, llena de audacia.

—¿Vos!..... Sí, me servís. Mas pensad que no debéis arrepentiros. La estatua ha de terminarse. Tal vez flaqueéis, tal vez tengáis miedo—concluyó el artista, acentuando las últimas palabras.

—¿Miedo? No me conocéis, no temo nada. Mañana empezaremos.

—Sea. Mañana.

El día siguiente y los posteriores vieron á Aurelia en el taller, vestida con blanca túnica de abundantes pliegues que caían espumosos sobre sus pies desnudos, mientras el cabello destrenzado corría por su espalda. Fijas las pupilas implorantes en un punto del espacio, extendía hacia él los brazos, suplicando al ausente, inmovilizándose en su gesto de doloroso ruego, de inútil llamamiento.

Frente á ella, trabajando afanosamente, Lorenzo se encorvaba sobre el bloque de mármol, del cual saltaban á veces trozos desprendidos por el rudo choque del martillo ó desprendíase suave polvillo blanco, que se confundía con la palidez de las manos atareadas.

Poco á poco, y cual si la estatua yaciese esculpida en el seno de aquella piedra informe, aparecían los rasgos, las facciones y las formas, y desprendiéndose de la masa pétreo, la aprisionaba, Ariadna surgía blanca, dolorida y hermosísima.

Mas al mismo tiempo, Aurelia, cuya salud, no muy fuerte en la Corte, parecía haber mejorado en el campo, se sentía débil, y decayendo poco á poco sus fuerzas, permanecía largos ratos sentada, descansando, mientras Lorenzo pulía los dedos finos, los redondeados brazos de la escultura. Entonces hablaban. Ninguno de los dos creía en la otra vida. Después de ésta, nada existe, nada hay, más que el inconsciente reposo de la muerte. La eternidad no se iluminaba para ellos con apacibles reflejos gloriosos, ni se enrojecía con llamaradas justicieras; todo era negro, todo estaba vacío, todo callaba. Y hablando ambos, nacía de aquellas desesperadas filosofías la convicción de que morir cuanto antes era lo más agradable y conveniente. ¿Para qué sufrir las molestias y tristezas de esta vida? Aurelia, resumiendo lo hablado, decía al pálido escultor:

—Ya veis, yo sé que he de morir joven; mi corazón no late regularmente, un día se detendrá para siempre y aquel será el último. Pues bien; no siento morir, prefiero reposar eternamente, sin goces, sin penas, á vivir. Únicamente me dolía, pensando que mi cuerpo y mi rostro adornados por las gracias se pudrirían en el fondo de la tumba, sin dejar más rastro de su existencia que un puñado de polvo humano; pero ahora moriré tranquila, siendo inmortalizada mi belleza en la Ariadna, que, siempre joven, conservará al través de las edades la apariencia fugaz de mi hermosura.

El asentía, trabajando rápidamente, dando los últimos retoques á la escultura. En tanto, las otras estatuas se dispersaban por el parque, agujereando enramadas y setos con las brillantes del mármol recién pulido, poblando los céspedes con jauría de grifos y unicornios. Levantábanse ya las fuentes, y los surtidores esbeltos asomaban sus cabezas curiosas por cima de las frondosidades del parque; corrían locamente las cascadas, riendo y gorjeando, y por donde quiera que la vista se espaciase veía rebrillar el agua argentina en la penumbra de un cenador, ó sobre el fondo de flores de un parterre lejano contemplaba la carrera inmóvil de Atalanta, que, apoyada en un pie, parecía volar bajo el sol.

Europa, Anfítrite, las Danaides, Afrodita, todas ocupaban ya sus lugares, y únicamente en una plazuela inmensa, rodeada por lejano círculo de árboles, el peñón de granito, los monstruos, las alimañas y los cetáceos esperaban la colocación de la estatua de Ariadna, medio sumergidos en el agua profunda del vasto estanque redondo.

La escultura se terminó al fin, y una tarde, cuando el sol declinaba, Lorenzo la hizo conducir á la plazuela en donde se debía colocar, ensayándose después los juegos de agua.

Ariadna y Aurelia marchaban emparejadas. El mármol, reposando en unas parihuelas, parecido á una muerta petrificada; el modelo, conducido en una litera, casi tan pálido como la piedra. La marquesita res-

piraba anhelosa, silbando su aliento entre los labios, secos por la fiebre que la consumía desde hacía mucho tiempo. Miraba la estatua, que tal vez le robó la vida, y sus ojos contemplaban, serenos y reflexivos, la figura que la inmortalizaría. Llegaron al estanque, descendieron á Ariadna á una barquilla que debía conducirla hasta el peñón. Bogaba lentamente el bote, y la escultura, reflejándose en el agua, reproducía en ella aquel gesto con el que llamaba á quien no había de volver. Izósele difícilmente sobre la peña, donde quedó extendida. Aurelia la contemplaba muda, tan callada como la piedra, desde la ventana de su litera. Incorporaron la estatua, que fué poco á poco recortando su silueta sobre el verdor obscuro de los bosques, semejante á una persona que revive. Un empuje más y quedó en pie, erguida, los brazos al viento, los ojos alzados á la luz; se tambaleaba aún cuando un grito agudo sonó, y Aurelia cayó hacia atrás, muerta, inmóvil, mientras Ariadna, inmóvil también, se perfilaba, viva, blanca, arrogante, inmortal.

Colocaron el cadáver de la marquesita en su cuarto, iluminándole con ceras amarillas. El marqués lloró mucho, á pesar de la filosofía. Lorenzo empalideció más aún, si era posible, y cuando, ya de noche cerrada, salió al parque, semejava una estatua andariega.

Paseó primeramente ante el castillo, que manchaba con el reflejo amarillento de los cirios funerarios su mole azulada por la luna. Aquel recuerdo de la muerta le empujó hacia el bosque, á trechos obscuro, á trechos esclarecido por el astro apacible.

Apretábanse las hojas en murallas espesas. Ruidos furtivos se dejaban oír, y Lorenzo entreveía en la sombra vagos espectros blancos, gesticulantes y amenazadores. Dejando la negrura cruzó los parterres despejados que bañaban sus flores en la luz lunar; de uno á otro extremo todo dormía, reposando las corolas y los insectos. En las esculturas la claridad resbalaba sobre las tersas espaldas, jugaba en los pliegues, y el reflejo pálido, vida del mármol, lo vivificaba.

Así Lorenzo creyó ver palpitar el seno de Afrodita, pensó oír á las hijas de Danao murmurar sus quejas eternas; se estremeció, suponiendo que las harpías, desprendidas de las paredes de la fuente, revolaban con sus silenciosas alas de murciélago, y enloquecido, amedrentado por las apariencias engañosas de la noche, corrió hasta llegar á la plazuela donde Ariadna abría sus brazos al vacío.

Allí respiró. En el amplio espacio circular caía la luz como en un pozo. Los árboles se alejaban y perdían en lontananza de sombras, y la claridad, serena é igual, halagaba la arena dorada, rielaba en el agua tranquila, esclarecía el peñasco, y arriba, allá en lo alto, envolviendo á Ariadna en una caricia muda, espiritualizaba, sublimaba la expresión doliente de los ojos, besaba la quejumbrosa boca, y recorriendo los albos brazos, con fluir lechoso, parecía desprenderse por las puntas afiladas de los dedos en reflejos líquidos, en gotas luminosas.

Lorenzo se embobó contemplando su

obra. ¡Qué hermosa era! ¡Cuánta vida dió al mármol!

Recordó entonces que no se había ensayado el juego de agua, y deseando contemplar por entero el espectáculo de la fuente, dió vuelta á la llave que abría las cañerías. Según sus planes, el agua debía brotar poco á poco, luego con más fuerza, hasta formar una montaña líquida que, surgiendo de los hocios de los cetáceos y de las fauces y narices de los monstruos, ocultase la peña por completo, apareciendo Ariadna, al descender los surtidores, bañada en el llanto de la fuente.

Así sucedió, en efecto. El agua nació al principio mansa, tranquila, arrugando apenas la tersa superficie del estanque; después borbotó, escupió impaciente, espumarajéo, hirvió en remolinos, se destrenzó en hebras, alzó poderosa los surtidores verticales, hinchó las curvas de sus chorros. Las cascadas convergían, se aplastaban contra la roca los cables de agua, formando un monte espumoso que, inflándose, subiendo, subiendo cada vez más, ocultó el granito, envolviéndole con la masa moviente que formaba. La luna cabrilleaba en la inquieta superficie, rayos de su luz jugueteaban al través, é irisadas las gotas por el paso del astro, saltaban y caían sobre las pequeñas olas que agitaban el estanque.

Sobre la cúspide del agua aparecía Ariadna, tendidos los brazos, llamando al que no llegaba. Lorenzo, hipnotizado, creyó ver á la estatua agitar las manos y abrir los labios, diciendo:—«Ven, ven.» Ciego, sin pensar, anduvo, se acercó al estanque, se acercó más, más, cayó al agua, y allí, braceando, evitando los golpes de los surtidores, el escupir de los monstruos, se aproximó al peñón. Llegadas entonces las aguas al máximo de su fuerza, arrojaron torrentes, mares de líquido burbujeante. Desapareció Lorenzo en el torbellino, se hundió Ariadna, y se oyó un grito, uno sólo, estremecedor, espantoso, que dijo:—«Vive.»

Al siguiente día, cuando los criados del castillo llegaron á la plazuela de Ariadna buscando á Lorenzo, vieron con asombro que la escultura había desaparecido. Un objeto blanco llamó su atención en el fondo del estanque. Lo extrajeron con cuerdas y garfios, y hallaron á Lorenzo muerto, abrazado á la estatua, que con sus brazos abiertos parecía estrecharle también en un mortal y vengativo abrazo.

MAURICIO LOPEZ ROBERTS.

ELOGIO

Mis versos no dirán la aristocracia
Que en tu belleza pálida culmina,
Ni tu armónica voz, ni la divina
Sonrisa de tu boca ebria de gracia.

Yo quisiera los pétalos de acacia
Para zahumar tu cabellera fina.
Del insigne Leonardo la retina
Para pintar tu lánguida eficacia.

Para ofrendarte milagrosos lirios
Yo apagaré los dolorosos cirios
Que conocen mi grande desventura,

Y diré cuál es bella tu mirada,
Oh! extraña flor de América, adorada
Por el que vió su lírica blancura.

EUGENIO DIAZ ROMERO.



CUADRO DEL CORREGGIO. Florencia

DON QUIJOTE

POR PAUL DE SAINT VICTOR



AS obras, como los hombres, suelen cambiar con el tiempo de fisonomía y de carácter. La obra de Cervantes, admirada durante largo tiempo como la obra

ludamos la última aparición de la caballería.

¿Es esta metamorfosis una ilusión de óptica producida por el tiempo? Me es difícil creerlo. Si fuera sólo una caricatura, no hubiera llegado Don Quijote á tanta profundidad en la afección de los hombres. La imaginación humana es, en el fondo, triste y seria. Entre los seres ficticios, sólo escoge para su intimidad aquellos que la conmueven ó ennoblecen. Los bufones suelen gozar de su favor si están dotados de genio: como los reyes de la Edad Media, les concede licencia ilimitada y se goza en su compañía; pero aun siendo sus favoritos, jamás llegan á ser sus amigos. Hay cierto desprecio en la alegría que inspiran; regocijan el espíritu, dilatan el bazo, pero nunca el corazón. La súbita desgracia que hiera al viejo Falstaff á nadie enternece; Panurgo puede ahogarse con todos sus carneros sin conmovernos; y la agonía de

Escapino, en la comedia de Molière, aun siendo real, no turbaría un solo instante la hilaridad que producen sus travesuras. Don Quijote, por el contrario, nos conmueve divirtiéndonos; se hace respetar en medio de la risa que nos causa y los más fríos burlones ceden secretamente á la compasión de sus infortunios.

Es porque el bravo caballero de la Mancha tiene el alma de un héroe bajo los vestidos del loco, y sus actos más absurdos son sólo extravíos de una idea sublime. Proteger á los débiles, castigar á los malvados, enderezar los tuertos, aterrar los crímenes, ejercer la magistratura de la espada que salva y vengue en los grandes caminos de la vida humana, tal es el programa de su empresa. Sus quimeras tienen el vuelo de las águilas, y su locura extiende alas de victoria sobre él. Su único error es haber nacido con tres siglos de retardo. El Mis-

maestra de chiste, nos conmueve hoy á la manera de un drama heroico-trágico. Mientras más retirado de nosotros, más simpático y grave se hace Don Quijote. En su grande y triste figura sa-

terio caballeresco ha terminado desde largo tiempo; los moros se han retirado tras los bastidores del Africa; los gigantes han vuelto á la talla ordinaria de la especie humana; los carros tirados por dragones no son ya sino aparatos de tela y de cartón pintado; y él, solo en la desierta escena y cubierto por la antigualla de su armadura, se obstina en proseguir un papel sin réplica, atacando fantasmas en el vacío. Paladín extraviado, retrato fabuloso que busca su marco en un tiempo histórico, es el anacronismo viviente del Cid y de Bernardo del Carpio.

Despojad sus ilusiones de las extravagantes formas que revisten y hallaréis las más altas virtudes. El celo del honor le devora, una sed de equidad turba su razón y sube hasta el delirio la fiebre de su entusiasmo. Para aquel viejo niño, grandioso y cándido, el mundo se divide en dos zonas rigurosamente separadas; de un lado princesas llorosas, reinas cautivas, amantes encantados y perseguidos; del otro fieros colosos, mágicos pérfidos, tiranos perversos. No hay término medio; el de la vida real se le oculta. No concibe el bien sino bajo formas regias ó sublimes; el mal se le aparece únicamente en figura de bestias ó de monstruos.

Su ideal de la justicia se cierne en una región más alta que la de las leyes é instituciones humanas. No conoce al alcalde, el alguacil le es extraño, la vara del corregidor le parece un junco irrisorio, y cree que la Santa Hermandad hace á la caballería una baja competencia. Su concepción de un derecho espontáneo y libre, resultado de una inspiración superior, le hace hostil á toda magistratura establecida. Como él mismo lo dice, no tiene otra ley que su espada, ni otro Código que su voluntad. El cadí turco emplea más tiempo en expedir una resolución, que Don Quijote en decidir sobre lo justo y lo injusto, el derecho ó el tuerto, la culpabilidad ó la inocencia de las personas que encuentra. Como las aves augurales al volar á derecha ó á izquierda juzgaban una causa y resolvían una duda, los sueños felices ó siniestros que cruzan su cerebro le hacen condenar ó absolver caprichosamente á los reos. Algunas palabras de confesión le bastan para absolver todo un presidio, fraterniza con los bandidos por el odio á la policía regular. El caballero de Dios da á los caballeros del diablo la acolada por sobre los tribunales y los jueces.

No es menos arbitrario su amor que su heroísmo. Como forma el escultor con un pedazo de mármol una diosa, transfigura Don Quijote una tosca campesina en celestial belleza. La personalidad material le importa poco: á decir verdad, él no está bien seguro de que exista: el creador duda á las veces de su criatura. Cuando el duque le pregunta si Dulcinea no es una dama fantástica, *En eso hay mucho que decir*, responde Don Quijote, *Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo. . . . Mas, ¿qué tiene que ver con aquel idolo de su alma la vida grosera de la carne y de la sangre? Dulcinea,*

como las divinidades, debe permanecer impalpable; la dama de sus pensamientos decaería al convertirse en la esposa de su cuerpo. *Por lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso*, dice él á Sancho, *tanto vale como la más alta princesa de la tierra. . . . yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y pintola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara ó latina.*

Tal es Don Quijote: el ideal encarnado, la abstracción hecha hombre. En la visera de su casco grotesco está escrito este reto al mundo exterior: *¿Qué hay de común entre vos y yo?* La realidad venga el desprecio con que él la mira, por medio de crueles represalias; hace tropezar sus más nobles arranques en los más viles obstáculos, disipa entre el polvo sus más bellos espejismos. Todos sus sueños abortan, todas sus visiones pierden de su figura y belleza. Toma una sórdida venta por un palacio magnífico, á la horrorosa Maritornes por una deslumbradora sultana. Cada una de sus hazañas termina por una barrabasa; conquista una bacía de barbero, provoca molinos de viento, degüella cueros de vino, hace una matanza de titeres y vence á unos monjes ó á un pobre vizcaino. El peligro, aun siendo serio le desprecia; abre la jaula de los leones y éstos le vuelven las ancas, el río en que se arroja le escupe y le arroja á la playa, los toros le pisotean sin desgarrarlo con sus cuernos. *Vé á hacerte acuchillar á otra parte!* parecen decirle todos los seres que provoca. La Fatalidad responde con bastonazos á los golpes de su lanza; busca emires y encuentra muleteros; las cimitarras árabes que ve centellear se convierten en burlas; recibe puñadas cuando arrostra las heridas. Siempre molido, no llegó á ser partido por medio; le cubrían los emplastos, pero nunca las hilas. No es eso todo: sembraba beneficios absurdos y recogía una merecida ingratitude.

Las falsas víctimas á quienes consagraba su abnegación volvían rostros enojados contra él. El niño á quien liberta del azote, le colma de injurias, los galeotes, cuyas cadenas rompe, le arrojan una lluvia de piedras; creyendo salvar á un cautivo, turba la solemnidad de un funeral. Sancho no es manteado sino por una hora; Don Quijote durante toda su cruzada se eleva hacia lo sublime para caer después á la larga en el ridículo.

El caballero de la Mancha se conserva con todo, noble y grande entre las decepciones que le abruma; está acibillado por el ridículo; pero es invulnerable al desprecio. Todo en derredor suyo miente menos su valor. Si sus aventuras son apócrifas, su intrepidez es real; si el peligro le burla no es por su culpa. Bien que hubiesen sido gigantes los molinos y el rebaño de carneros un ejército pagano, no menos hubiera él arremetido contra ellos con la lanza en el ristre. Experimenta el heroico furor de un invencible del *Romancero* cuando se baña en la sangre de los odres; cae sobre el entablado de un zaquizami con tanta grandeza como pudiera en un campo de batalla. Al arrojarse en el choque de lanzas que creía haber oído, encuentra seis mazos de batán, y no pudiendo más

Sancho con la risa, *soltó la presa*; mas enojado Don Quijote le dio dos palos con el cabo del lanzón, diciéndole: *¡pá-receos á vos que si como estos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convendría para emprendella y acaballa! ¡Estoy yo obligado á dicha siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones y saber cuáles son de batanes ó no?*

Por otra parte su locura no es sino una monomanía; una sola hendidura, honrosa como la herida de una espada, daña su cerebro. Fuera de su idea fija, Don Quijote es el más sabio y el más elocuente de los hombres. Cuánta elevación de juicio, y cuánta grandeza de alma encierran los consejos que da á Sancho sobre el gobierno de su isla! Qué sentido tan profundo en sus disertaciones literarias! Podría enseñar á los más sobresalientes humanistas de Madrid ó Salamanca. Su discurso sobre la profesión de las armas, recuerda aquel *sermo galeatus* de que habla San Gerónimo. Departe sobre el amor con la ingeniosa sutileza de un trovador provenzal. Su cortesía es incomparable; aquel hidalgo campesino, rebajado por la malignidad de la suerte á la sociedad de muleteros y pastores es digno de dirigirse á reyes y de cortejar infantas. Hay grandeza en su lenguaje, su palabra es un perpetuo *sursum corda*. Ya una de sus exhortaciones á Sancho se oye resonar como un clarín de guerra, ya saluda á un ventero con el noble énfasis de la hospitalidad oriental. Cuando recibe al oidor en el umbral de la venta, se diría que es un califa abriendo á un príncipe las puertas de su alcázar. El estilo en que habla á la duquesa, une á las hipérbolas de la poesía árabe las sutilezas de la galantería. Su cultura no se desmiente aun tratando con gente rústica ó baja; y toca sin ensuciarse sus trivialidades ó sus andrajos. Las zahurdas toman desde que entra en ellas, un aire aristocrático; se sienta á las inmundas comidas que se le sirven, tan majestuosamente como si fuera á la *Tabla Redonda*. Llama *Vuestra Gracia* á un jefe de bandidos, *fermosa y y alta señora* á Maritornes. Todas las mujeres son iguales para su respeto y todos los hombres para su bondad. Este caballero loco, es un caballero sin tacha.

No alcanzó desde el primer momento Cervantes la perfección de su tipo. Se comprende que lo concibió en una caricatura y lo terminó con una sonrisa enternecida. En la primera parte de su obra, el poeta maltrata cruelmente á su héroe, le arrastra en vergonzosas riñas, le hace sufrir tratamientos indignos. Si no mancha su pureza moral le ensucia físicamente al menos. Quisiera uno desgarrar la página en que Don Quijote y Sancho se arrojan el uno al otro el infecto breva que acaban de tragar y que salpica todo el libro. Pero el artista se apasiona en breve por su obra y la purifica y perfecciona en todos sentidos. Mientras más avanza Don Quijote en su campaña novelesca, más grande se hace por su honor, su magnanimidad y su justicia. Las grotescas protuberancias que irregularizaban su noble perfil se van borrando gradualmente; sus intervalos lúcidos se multiplican, pasa días enteros sin accesos. Entonces creerías ver á Alfonso el Sabio que recorre á Castilla re-



MUSEO DE BRUGES: Cuadro de Hans Memling

recuerda á Sansón llamado para hacer reir á los filisteos, á quienes sepulta bajo los escombros de su templo. *Muera yo con los filisteos*, dice Sansón, *y asiéndose á las columnas del templo se inclinó con fuerza. El edificio cayó sobre los principes y sobre todo el pueblo que estaba presente; y los que hizo perecer en el momento de su muerte fueron más numerosos que los que habia muerto durante su vida.* Como recuperó en aquel instante el Juez de Israel su fuerza, desearía uno ver héroe de la Mancha recobrar la razón y caer, espada en mano, sobre los filisteos que de él se mofan, como lo hizo, si bien injustamente, con los titeres de Maese Pedro.

Cervantes castigó, por otra parte, la conducta de la duquesa. Ella arrebatada y deslumbra cuando aparece en la hora del crepúsculo, sobre una acanea blaquísima, con el halcón posado en el puño; *la misma bizarría venia transformada en ella.* Pero la indiscreción de una dueña nos revela que esta Diana cazadora tiene *dos fuentes en las dos piernas*, y Don Quijote está vengado.

¡Qué triste desenlace da fin á esta odisea llena de aventuras! Don Quijote ha sido vencido por el Bachiller, disfrazado de Caballero de la Blanca Luna; para cumplir con las condiciones del combate se ve obligado á volver á su aldea y á renunciar á la caballería. Pero su espada y su alma se parten á un tiempo; al abandonar su sueño se despierta de la vida. *Adiós!* podría exclamar con el Oteló de Shakspeare. *Oh! adiós para siempre á las tropas adornadas con penachos y á las grandes guerras que hacen de la ambición una virtud! Adiós, adiós al corcel que piafa y á la trompeta sonora! Adiós al estandarte regio, á la belleza, al orgullo, á la pompa y aparato de la guerra gloriosa! Adiós! La tarea de DON QUIJOTE ha terminado!* Ha terminado en efecto. Separado Don Quijote de su ideal misión, sólo le resta morir. Depone su su arrogancia con su armadura; se arrastra ahora por los grandes caminos que recorría poco antes con la actitud de un alto justiciero. De caballero andante, ha pasado, como él mismo dice, á *escudero pedestre.* Don Quijote, apeado de Rocinante, es un centauro mutilado. *Pasan los puercos sobre su cuerpo sin que él se altere. Déjalos estar, amigo,* dijo á Sancho que queria matar media docena, *que esta ofrenda es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas y le hollen puercos.* La debilitación de su locura es el presagio de su próximo fin; ya no toma las ventallas por fuertes castillos. Sintoma funesto! *Malum signum! malum signum!* como exclama él entre dientes al entrar en su aldea, cuando le hiere en el corazón este grito de un niño: *no lo has de ver en todos los dias de tu vida!* Así Dante en la *Vita Nuova*, ve en sueños figuras llorosas que pasan exclamando: *tu admirable señora ha salido de este siglo!* Por diversa que sea su naturaleza, los grandes libros, como las grandes montañas, tienen ecos que se corresponden á través de los siglos. Dulcinea y Beatriz, bajo formas diversas, son hijas del mismo sueño y fantasmas del mismo ideal.

Callad, hijas, responde Don Quijote á la alegre acogida que le hacen el ama y la sobrina, *llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno.* Se duer-

formando sus leyes y pronunciando sentencias.

Sancho mismo se adelgaza, á fuerza de arrastrar tras Don Quijote, su gruesa panza y sus cortas piernas. Como la arcilla del poeta persa, el vivir cerca de esta esbelta flor de elegancia y de caballería, le hace impregnarse al fin de sus delicados perfumes. Su buen sentido rústico se une en no desigual consorcio al idealismo de su amo, y esta unión produce diálogos de incomparable sabiduría. En la segunda parte del poema, la glotonería de Sancho disminuye visiblemente, la consagración á su amo se hace más firme con los golpes y se purifica por los ayunos. Le ama por su locura misma cuya grandeza vagamente conoce. El codicioso criado se convierte en escudero desinteresado y leal. *Si yo fuera discreto, dice á la duquesa, dias ha que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fue mi suerte y esta mi mal andanza; no puedo más, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quírole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón.*

Llega al fin la prometida insula, y cuando Sancho se instala en ella, su educación está concluida: la bestia es ya un hombre; un átomo del alma de Don Quijote animará en lo sucesivo aquella naturaleza grosera. Sancho juzga como Salomón y Haróun-al-Raschid, y la sabiduría oriental mana de sus labios.

La simpatía creciente que inspira Don Quijote dobla la compasión que se experimenta por las burlas que sufre. Le zurren los arrieros con razón, porque él los ataca; pero los espíritus cultos y los grandes señores que le escarnecen excitan nuestro enojo. Aquel populacho vestido de seda descendiendo bajo la haraposca canalla. Se indigna uno de verle encerrado en una jaula, como un animal que se muestra en una feria, por un cura pedante y un barbero bufón. Y se siente desprecio por aquel duque y aquella duquesa hipócritas, que le atraen á su castillo para entregarle á la risa de las dueñas, á la malicia de las doncellas y á las burlas de los lacallos. La parte más dolorosa del libro es aquella en que Don Quijote se convierte en juguete de unos hidalgos de provincia que le ponen en escena como un gracioso. Se



PRIMER PASEO DE VACACIONES. — Por E. Huder

me, y al despertar vuelve también del sueño de su vida. Está curado de su locura; pero cae mortalmente enfermo. El sonámbulo súbitamente despertado, cae de la altura en que le sostenían alas invisibles y se hace pedazos en el suelo. Del mismo modo Don Quijote, precipitado desde la altura de sus visiones sobre el mundo real, no sobrevive á su caída. El entusiasmo era el óleo que sustentaba aquel cuerpo desecado. La mofa que le ha perseguido durante toda su vida no le abandona en su lecho de muerte. El cura y el bachiller tratan de jugar con su última hora recordándole las visiones de la caballería; pero Don Quijote les cierra los labios con dulce firmeza. *Señores, les dice, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño; yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno.... en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano.*

Y rinde su grande alma á la razón que le vuelve con los rasgos severos de la muerte, como pudiera entregar su espada á un enemigo victorioso.

En la antigua Grecia tenía cada isla, cada comarca un dios particular, guerrero ó rústico, agrícola ó marino, hecho á imagen del país y modelado según el carácter de sus habitantes. Esta divinidad indígena llenaba el territorio con su presencia y su poder. Sus estatuas se levantaban en las vueltas de los caminos, en las cimas de las colinas; su le-

yenda se confundía con la historia, las cavernas estaban henchidas de sus oráculos, cuyo aliento se respiraba en ellas con el aire.

Ideal é imaginario como los dioses de la Grecia, también ha tomado posesión Don Quijote del país donde vió la luz; se ha hecho allí el Genio del lugar. Su larga sombra no se separa del viajero que recorre la Mancha y las Castillas. La aridez de las pardas llanuras recuerda su flacura; el áspero perfil de las rocas de que está erizado el estrecho sendero de las sierras traza vagamente su fisonomía angulosa. La España y Don Quijote parecen retratarse mutuamente. Uno espera verlo aparecer tras cada nube de polvo, empinado en los estribos de su extenuado rocín; no mueve un molino las aspas sin que parezca provocarlo. En la tarde, busca uno su lanza en el ángulo oscuro de la posada, donde toscas Maritornes sirven el jamón rancio y el vino con humos de macho cabrío que constituían sus sobrias comidas; cree uno reconocer su extraña silueta entre las sombras que la humosa lámpara arroja sobre el muro, y parece que al separar las cortinas de sarga del mal aderezado lecho á que os conduce la posadera, váis á ver á Don Quijote sentado, con la mirada fija, el bigote levantado, vendado el rostro y envuelto en una sábana con pliegues de mortaja, tal como apareció á Doña Rodríguez, ó más bien como está el Cid en su asiento sepulcral.

CADA COSA EN SU LUGAR



ESPALDADO al mármol de la chimenea y con un dedo puesto sobre su prolongada nariz, M. Panelard se decía:

«En este misero mundo no hay más que saber poner las cosas en su lugar. Hagámoslo, y podremos decir entonces que todo lo hemos hecho.»

Y digo más todavía: «Todo el mal que nos aqueja, tanto en las familias como en los Estados, ya en la vida privada como en los asuntos públicos y hasta en las artes, viene—de manera evidente,—de no haber sabido poner las cosas en su verdadero punto.»

Por eso me la paso yo arreglando y arreglando; en lo cual, á decir verdad no hay ningún mérito, porque el orden es una necesidad ineludible de mi naturaleza, hasta el extremo de que sufro positivamente cuando veo los objetos, ó los hechos mismos, que van así, así, y no como á la buena, sino como á la mala ventura.

Cuando sólo de mis propios asuntos se



Jean de Reské, de la Academia Nacional de Música, de París

trata, ello es entonces muy fácil, porque pronto, y mucho, establezco el orden allí, donde el desorden comenzaba á aparecer; pero muy diferentemente pasan las cosas cuando en ajenos asuntos se procede, porque en ese caso, preciso es que me sostenga en mis veinticuatro para no intervenir yo, y establecer—á despecho de todo el mundo,—un orden perfecto en todas las cosas que tan neciamente estaban desordenadas. No puedo negar que ese deseo es más poderoso que mi voluntad; y desde el instante mismo en que me encuentro frente á frente de una pobre criatura que daña ó perjudica su condición, y llega hasta ponerse en peligro por un arreglo tonto ó mal hecho, en el acto vuelo á buscar el remedio, y no me doy ni tregua ni vagar mientras no lo haya conseguido. Y, ¿qué me encuentro? ¿Una equivocación? Ah! entonces mi espíritu salta sobre ella como lo hiciera sobre una presa un águila, y la desmenuzo con ira, sí, confíeselo, con ira, con indignación. Sin darme nunca cuenta de que pesa sobre mí la necesidad ó el deber de situar todas las cosas en orden, me encolerizo contra los estúpidos cuya estupidez me obliga á trabajar para ellos,

y desde luégo, vivo la vida del desagrado ó la molestia.

Por fortuna, soy benévolo, y eso puedo probarlo de modo cierto, incontestable. Mas, hay que observar, á la vez, que en ello no existe mérito alguno caritativo, puesto que mi benevolencia se ejerce en amor y por amor al orden, y no en el del prójimo. Mas, preguntome: ¿amo yo al prójimo? Muy cierto no lo estoy. Irrítame de continuo por su tenacidad incontrastable en hacer mal las cosas y ponerlo todo al revés; y además, un amor que se dispersa como el mío en tantas criaturas, ó mejor dicho, sobre todas las criaturas que pasan, juzgo yo que no debe ser amor. Paréceme más bien egoísmo activo, egoísmo divergente, porque indudablemente no me daría yo la pena en que me pongo por obsequio á los demás, á no ser para servir y dar satisfacción á mis ojos y al espíritu, al ver restablecido el orden, respetada la lógica y mantenida y muy conservada la armonía, siendo lo contrario de todo esto, para mí, como la tortura del alma.

Amor, (en la estricta acepción de la palabra), creo no tenerlo yo, verdaderamente, sino para las infelices víctimas del

desorden, que han de sufrirlo á pesar de no haberlo creado, ni siquiera adivinado. Amo, en efecto, y amo con todo mi corazón y mi piedad, al caballo que castiga el carretero, cuando bastaría para hacer marchar el vehículo, dirigirlo hacia la izquierda en vez de persistir en conducirlo á la derecha. Amo al enfermo á quien el cariño de sus parientes empeora y llega hasta hacerlo morir, cuidándolo en sentido inverso al orden en que debiera haberse procedido; ó envenenan, forzándolo á comer cuando la dieta lo salvaría. Amo, sobre todo, al hijo de un padre que enseña autorizadamente á su prole lo irregular ó incorrecto, y como que lo educara con mucho cuidado para cometer mil yerros y desaciertos, de los cuales no tiene mínima idea el pequeñuelo. ¡Pobres criaturas á quienes desarmen antes de que entren en combate!; debiendo además reconocer, que, para colmo de mal, por cada dos enseñanzas ó dictámenes que se les proponen ú ofrecen á un niño, hay por lo menos uno nefasto, que, sin embargo, prolongará su pernicioso influencia en todo el porvenir de aquel sér.

Pues no se debe echar al olvido que son muchísimo más numerosos los crímenes de la insensatez ó falta de regularidad, que todos los otros.

Repetiré, pues, que todo estriba en el orden. ¿Qué es,—ó más bien dicho,—quién es un grande hombre? El que conoce el puesto de cierto número de cosas y en él las coloca. ¿Qué es un semidios? El que sabe cuál es el lugar de un grandísimo número de cosas, y allí, donde ha de ser, allí las hace poner. El mando, en este nuestro mundo, pertenece de derecho á aquel que sabe ver, cuando los demás apenas miran y buscan. Es profeta el que sabiendo seguir el encadenamiento ú orden de las causas y los efectos, y de las causas que á su turno suscitan esos efectos, prevé el porvenir y lo organiza; de igual manera que no podrá ser buen legislador sino aquel que profetisa, esto es: el que ve en el porvenir el puesto de cada cosa.

Y si no, ¿cómo se podría, ó quién osaría conducir á los hombres, si para todos fuese vedado descubrir el término del camino, ó si conocido aquél, no supiera las jornadas?

Los sucesos futuros tienen su situación lógica en la duración futura; y de cierto que ni ministro ni rey merece ser, el que no ve en el porvenir el lugar de los resultados. La política, practicada sin esta noción, es desastrosa para los pueblos á los que, sin duda, conduce á la pérdida.

Y sin embargo, en la generalidad de los casos se observa, que no aceptan gustosos los pueblos ser conducidos por el hombre que posee esa noción; lejos de eso, lo desconocen, lo injurian, y se agitan hasta ir á la revuelta y á las armas; hecho en cierto sentido muy explicable, puesto que no sospechan, ni lejanamente, lo que el profeta tan sólo ha visto en el futuro. Lo desconocen, vuelvo á decir, hasta el día en que aquel previsto porvenir se realiza, y es entonces cuando le erigen templos y altares, por el mismo motivo, exactamente, que no ha mucho levantaban para él un cadalso, una cruz ó una hoguera.

—Amigo mío, dijo Madame Panelard.....

—Permitidme. He dicho que el pastor, ó sea, el conductor de los pueblos, es el que conoce el puesto de las cosas conse-



cutivas; y ahora agrego: que el artista es el que sabe cuál es el lugar que corresponde a las cosas yuxta-puestas.

¿Qué es el Arte, pues?

El Arte es descubrir, es buscar ese puésto; el Genio es la intuitiva adivinación de ese lugar, y el Talento, un esfuerzo que logra establecer las cosas donde deben estar.

Esforzarse por comprender y restituir las armonías del mundo, ó más claramente, imitar á Dios en los límites de nuestras fuerzas, tal es, nó otra, la sublime misión del artista.

No obstante, tenemos multitud de artistas que no comprenden ni la misión ni el deber que han de cumplir, y creen que han dado fin á una obra de arte, cuando han simplemente copiado objetos que tenían ante sus ojos, dibujando personajes vestidos ó desnudos, gesticulando ó refiriendo cuentecillos é historietas; ó creense artistas porque yuxta-ponen sonidos, colores ó montoncitos de globulillos de tierra... Confunden tristemente el sujeto, ó mejor, el tema dado, con el objetivo propuesto, y toman el medio por el fin.

Porque desde luego hay que saber, que el término que debemos perseguir no es la reproducción de objetos ó ideas, sino la restitución de su armonía. Nada existe sino por la Harmonía..... La Música es la armonía de los sonidos; la Pintura lo es de los colores, así como la Escultura es la armonía de las líneas en reposo, y la Danza la de las líneas en movimiento.

Creen muchos esculpir, como creen otros tantos bailar ó dibujar, cuando lo que hacen,—sin saberlo quizá,—es cometer herejías, por el vano placer de distraerse, ó por la necesidad de procurarse el alimento. Porque, no hay en esto duda alguna: siempre que una obra de arte produce en nosotros una impresión de fealdad ó de disgusto, es únicamente porque nos hallamos en presencia de un error en la colocación de los elementos que la constituyen. En nuestra raza, todos, cual más cual menos, se dan cuenta de una falsa nota de música; esto es, de una nota que matemáticamente no tenía el derecho de estar al lado de otra. Bastantes también pueden distinguir las falsas notas de una pintura, digamos, los tonos que, matemáticamente, no tenían derecho de ocupar un puésto junto á estos ó aquellos otros tonos. Hay proximidades, hay reuniones que no tienen el derecho de existir, porque la divina ley de la Harmonía se opondrá á ello. Hé ahí la causa de no encontrarse jamás en la naturaleza, aunque nosotros nos finjamos que si las hay.

Una piedra que se desploma, un bejuco que se incurva ó una hoja que vuela, describen en el espacio líneas admirables que dan la belleza perfecta, puesto que son estas líneas lógicas y necesarias. Cada uno de los puntos que forman estas líneas, está en su sitio matemático; y quedaría destruida la armonía, ó profunda-

mente perturbada, si se les hiciera desviar en un milésimo de milímetro.

Constrúyense todas las líneas en la naturaleza según esta perfecta armonía; y por de contado que las líneas de las cosas que á nosotros nos parecen feas, son sin embargo, líneas bellas, de belleza pura, puesto que si no fueran la belleza absoluta no podrían existir, y se desunirían sus elementos para entrar cada uno en su lugar debido.

La Naturaleza no interviene en lo bonito. Bonito es palabra humana que la Naturaleza ignora. La naturaleza no hace sino lo bello, es decir, la armonía. Toca á nosotros apreciar ó nó esa armonía; y de ahí, el poder demostrarse, que el mal artista es pura y muy sencillamente el que traza líneas incoherentes, ó el que aproxima y confunde sonidos y tonos incompatibles.

—Permitidme, M. Panelard. Un antiguo proverbio nos enseña, á pesar de lo que acabáis de espresar, que de gustos y colores no se debe discutir.

—¡Qué horror, señora! ¡Qué atrocidad! Pocos proverbios conozco que sean tan bárbaros como ese; porque justamente ése es el que más demuestra una notable incompreensión de lo Bello.

Lo Bello es Uno. Hay mil maneras de no comprenderlo; pero él es Uno, y sólo la ineptitud ante lo Bello es legión. A título de imbécil tiene razón el proverbio, cuando aconseja á las innumerables incapacidades no discutir entre sí por interpretar una Ley cuyo valor intelectual no pueden entender, y desde luego, se les escapa.

Muy al contrario: adivinar esta Ley que dispone y rige el lugar de las cosas, es ser Genio. Intuitivamente entrevé el Genio la voluntad divina, y tiende hacia ella. Así, pues, podemos decir que el Arte es una inducción del hombre hacia Dios, como la Ciencia es la deducción correspondiente.

El uno siente, la otra analiza; y tanto el uno como la otra, tienen un mismo punto de mira: el conocimiento de dicha Ley. Y se encontrarán, señora, indefectiblemente. La Ciencia explicará y demostrará más tarde en qué y por qué son bellas ó feas las obras del Arte; y ya tenemos que el músico y el físico están de acuerdo, como estamos todos acordes sabiendo que una nota es falsa, como una multiplicación también lo es, por error de cálculo. Del mismo modo podemos saber que una mezcla de colores es falsa, basados sobre idéntica razón; y establecerá la Ciencia por ecuaciones exactas la fealdad de un cuadro, cuando calcule las vibraciones de la luz, como calcula en nuestros días las vibraciones del sonido.

Se demostrará entonces matemáticamente, que tal iluminador no supo casar los colores en una relación normal, es decir, darles el lugar propio, y que de consiguiente no es artista verdadero. Y sólo entonces se comprenderá igualmente, por qué de gustos y de colores vale más no discutir, puesto que lo Bello es Absoluto y es Uno, como Dios, siendo como es, emanación de Dios mismo....

—Amigo mío, dijo la señora Panelard; paréceme que algunos caballeros están cansados.

En efecto; se fijó entonces M. Panelard en que algunos de los contertulios descendían en oírlo, pero que estaban ya medio dormidos, y cesó de hablar.



Madame Weber, en "France..... d'abord" (artista francesa)

EL SOMBRERO DEL SEÑOR CURA

El señor obispo de la diócesis, por razones muy dignas de respeto, prohibió, hace algunos años, que el clero rural anduviera por prados y callejas, costas y montañas, luciendo el levitón de anchos faldones y el sombrero de copa alta, demasiado alta muchas veces. Hoy, todos los curas de mi *Verde Erin*, de mi católica y pintoresca Asturias, usan traje talar, sombrero de teja, de alas sueltas y cortas; y á fuerza de humildad y con prodigios de obediencia consiguen montar á caballo con sotana ó balandrán, sin hacer la triste figura, y sortear las espinas de los setos, sin dejar entre las zarzas girones del paño negro.

Pero en los tiempos á que me refiero, no lejanos, el cura de aldea ordinariamente parecía un caballero particular vestido de luto, con alzacuello de seda ó

de abalorios menudos y con levita y *chistera*, de remotísima moda las más veces.

El diputado Morales, cacique desde Madrid, de una gran porción del territorio de la corte, lo menos, del que abarca dos ó tres arciprestazgos, pasa los veranos en su magnífica *posesión* de la Matiella en lo más alto de una colina cercana al mar. Desde el *Palacio*, que así lo llaman los aldeanos, de los Morales se ve el cabo de Peñas, que avanza sobre el Cantábrico con gallardía escultórica; y del otro lado, al Oriente, se domina la costa accidentada, verde y alegre, hasta el cabo del Olivo. Y por la parte de tierra asisten los pasmados ojos, por un momento, á la *sesión permanente* que en agosto cónclave celebran, por siglos de siglos, los gigantes de Asturias, de la As-

turias de piedra; el Suevo, los Picos de Europa, el Aramo... y tantas otras moles venerables, que el buen hijo de esta patria llega á conocer y amar como á sacras imágenes de un augusto misterioso abolengo geológico.... De barro somos, y no es mucho pensar con respeto y cariño en la tierra abuela....

..

Pero Morales no pensaba en eso, ni se paraba á contemplar el gran paisaje (panorama le llamaba él constantemente), que se podía admirar desde la Matiella. Sabía Morales que aquellas vistas *valían mucho dinero*, que por un *capricho*, un indiano poderoso ó un banquero arrogante darían muchos miles de duros, encima de lo que por sí valía la quinta, nada más que por pagar *las vistas soberbias*... que tampoco se pararian á contemplar banqueros soberbios ni soberbios indianos.

—¡Mire usted, mire usted, qué panorama!—decía Morales á cualquier huésped de la Matiella, y apuntaba con el dedo al horizonte, mientras él le miraba al amigo la cadena del reloj, los guantes ó la corbata.

Para el cacique de la Matiella, diputado por juro de heredad, la *naturaleza*, es decir, el campo, no era más que un marco para hacer resaltar el lujo de verano.

A sus ojos, mucho más tenían que admirar las porquerías de escayola con que él había adornado la quinta, que el Suevo y Peña Mayor, que él confundía vilmente.

Si; la *naturaleza* era un buen marco para sus vanidades veraniegas.... pero había que pulirlo, dorarlo.... echarle arena y cal hidráulica. La arena era su manía. Aborrecía los senderos en que se ve la tierra que se pisa. Senda sin arena, para Morales era vergonzosa desnudez. Le encantaba también el pérfido engaño del cemento que parece piedra, y *oportune atque inoportune*, el cacique interrumpía la vida lozana de aquellos verdes con obras de cal hidráulica.

..

Otro adorno de *sus dominios* era.... el clero rural; los párrocos, coadjutores, ecónomos y capellanes sueltos de aquellos contornos.

Morales, naturalmente, creía en Dios, ó mejor, en la necesidad de inventarlo; un Dios *personal*, por supuesto, especie de freno automático para contener las pasiones de la multitud y conservar las venerandas instituciones.... y el papel en alza, cuando convenía. La impiedad le parecía á Morales una falta de respeto al jefe del gobierno. Era, pues, muy propio de un conservador incondicional rodearse de toda la clerecía de aquellos arciprestazgos de que él venía á ser el brazo secular por mediación de alcaldes, jueces municipales, etc., etc.

Si, quería el freno religioso, el triunfo de la Iglesia... pero con el Concordato. Daba mucha importancia á las regalías. Le encantaba una Iglesia que fuese como la religión romana antigua, la de los paganos, una rueda de la administración pública.... Miraba, digase todo, en el fondo.... *muy* en el fondo.... dudaba.... creía que el progreso.... en fin, él había leído un artículo en que se extractaba la doctrina de Taine.... y.... se atenia á los *hechos*. Quería el dogma

para evitar que el mundo volviera á la barbarie; guardaba muchas consideraciones á los señores curas... pero... ¡estaban tan atrasados!... ¡Aquella teología! ¡Aquellos sombreros!—El verdadero dios de Morales, sin saberlo él, era una diosa: la moda. La moda en todo. En la ropa, en el arte, en las enfermedades, en los barbarismos y en la filosofía. ¡Y aquel respetable clero que se reunía en la Matiella vestía de una manera! Morales era muy amigo de repetir que él, gracias al progreso, sabía más que Aristóteles. Excuso decir que sabía mucho menos. También sabía más que Santo Tomás. Se reía, en el seno de la confianza, de la forma silogística. Aborrecía la rima en el verso; quería que las casas fueran de hierro, y filosofaba á lo jónico moderno, asegurando que *toda era electricidad*.

Llamaba neurastenia á todo lo que excedía de los alcances de su misero espíritu, y creía bajo su palabra á la *gente nueva* cada vez que ésta le anunciaba que todo lo conocido caducaba, y que estaba para brotar el nuevo genio, el de la gran regeneración. A pesar de todo, era conservador en política, porque no había otra manera de *conservar* el distrito y la influencia en todos aquellos Ayuntamientos del contorno. Pero, en el fondo, era él lo más *avanzado*, lo más modernista!... Y todo esto le venía de su real y espontánea afición, el último figurín, en materia de trapos. En fin, el gran villano, cuando hablaba á solas con su mujer, ¡llamaba cursi al cura de la Matiella!

..

Era un sacerdote alto, moreno, de cara larga, no mucho, bien proporcionadas facciones, dientes limpios y sanos, labios frescos, cuello fuerte, buen torso, pierna larga, majestuoso sin afectación en los andares, pulcro y sencillo en el vestir. También usaba levita larga, pero no mucho; y el sombrero...

—¡Verán ustedes qué sombrero!—nos dijo Morales, una tarde de agosto, en que tomábamos café en la glorieta central del parque de la Matiella.

Un criado acababa de anunciar al señor cura de la parroquia.

Morales y el cura, por quisquillas de Morales y dignidad del párroco, habían estado sin verse dos ó tres años; pero le había convenido al cacique una reconciliación, y el clérigo se había apresurado á admitirla, por caridad y espíritu sinceramente humilde. La tarde anterior Morales había visitado al cura, le había invitado á tomar café al día siguiente, y el cura no tenía sobre la cabeza más que un humildísimo gorro negro.

—¡Verán ustedes qué sombrero!—repitió Morales pensando en la *chistera* que usaba el cura tres ó cuatro años antes. No recordaba el sombrero, sino la impresión que á él le había hecho; no recordaba sino que era de modelo antiquísimo, de figura antediluviana....

Por un sendero en zis-zás, de resplandeciente arena amarillenta, se fué acercando una figura negra, esbelta. Veinte ojos figones, seis de ellos de mujer, ojos de gente madrileña, se habían clavado en el buen clérigo, y parecía que le estaban examinando de la ciencia de andar por un parque de gente rica como se debe. Largo era el examen, porque larga era la distancia, pero el cura no se daba gran prisa á abreviar el trance, que para

él por lo visto no era amargo, ni siquiera molesto. Casi todos estábamos cubiertos, porque en aquellas alturas soplaba con fuerza el Nordeste y cubierto venía el cura. Al llegar á la glorieta, echó mano al sombrero, hizo muy airosa cortesía y se volvió á cubrir. Puestos en pie nosotros, imitamos su gesto.

—¿Y... el sombrero? ¿El sombrero del señor cura?

El sombrero del señor cura no tenía nada de particular. No era nuevo, sin duda, pero estaba limpio y sin abolladuras; el pelo teníalo bastante bien conservado, y no nos pareció ni demasiado alto ni demasiado bajo, ni de alas sobrado anchas, ni muy estrechas; y la forma de la copa ni demasiado curva nos pareció, ni de cilindro desairado ni de tronco de cono; era un sombrero de copa alta aproximadamente como los que nosotros habíamos dejado en casa.

Todos nos volvimos hacia Morales, como pidiéndole cuenta de aquella decepción.

Morales encogió los hombros.

Mientras el cura saludaba particularmente al amo de la casa, un pollo de Madrid, *gente nueva*, preguntó á Morales en voz baja:

—¿Pero es el mismo?

—¡Eso sí; el mismo!

—¿Y entonces?....

—Sin duda... como no lo he visto en tres años... y entonces era tan diferente la moda...

—Eso es, me atreví yo á decir: el tiempo ha hecho otra vez de moda el sombrero antediluviano del señor cura.

Morales, el pollo *gente nueva*, y algunos otros, se turbaron un poco por culpa de mis palabras.

—¿Por qué?

—Ya nos lo explicará con la mayor inocencia el señor cura de la Matiella, el del sombrero.

Gracias á los buenos puros, los buenos licores y al calor y la gracia de la conversación, se fué animando la gente, y á poco de haber entrado en el corro el cura de la Matiella, ya le tratábamos como á conocido antiguo; y él, seguro de haber parecido simpático, hablaba con gran soltura, alegre, sin dejar de medir las palabras, aunque salían abundantes y espontáneas.

—¡El progreso, el progreso!—decía el señor cura.—Yo también creo en el progreso... pero no como ustedes, que ven en él un ídolo, un fetiche, que tiene por símbolo una línea recta. El progreso no es un dios, y es una curva sinuosa. Vean ustedes,—y al decir esto colocó el sombrero que tanto habíamos mirado sobre las rodillas.—Vean ustedes: este sombrero me ha enseñado á mí mucho acerca del cambio de las cosas. Nuestro ilustre diputado el señor Morales, á cuya salud bebo esta copita, cree que en cuestión de ropa, de música, de jardinería, de filosofía y hasta de teología, lo mejor es lo de última moda, y que debemos andar siempre á la última. Yo creo que lo mejor es lo racional, lo prudente, que unas veces está de moda y otras no.

Yo he leído un poquillo, poco; y recuerdo que Descartes en el *Discurso del método* dice, sobre poco más ó menos, algo como esto: que lo mejor es colocarse en el medio, á igual distancia de los extremos, porque aunque la verdad está en un extremo, á él se irá más pronto desde el medio que desde otro extremo.

Cuando compré este sombrero, hace muchísimos años, lo escogí á mi gusto. El sombrerero me puso delante otros muchos que eran de moda, diciéndome: Ese que usted escoge ya no se lleva.—Pues *me* lo llevo yo, repuse. Entonces se estilaban las *chisteras* con alas muy recortadas y pegaditas á la copa, que era muy alta. Mi sombrero, este, tenía las alas algo anchas, para que diesen un poco de sombra al rostro, y no dejaran desairada la copa por la desproporción. Pero claro, comparadas aquellas alas con las de moda, parecían anchísimas; y la copa, regular, muy baja al lado de las que estaban en uso. Pero yo salía tan contento con mi compra en la cabeza, tranquila la conciencia, porque sabía que llevaba una prenda útil para su empleo y de proporciones regulares. Mas los caballeros y señoras con que tuve que tratar en la ciudad no lo veían como yo, porque sin duda encontraban anticuado aquel inocente pedazo de fieltro.

Pasaron años, volví á la ciudad con mi sombrero y también noté que llamaba la atención. Cuando fui á plancharlo, el sombrerero me explicó el motivo: la copa era escandalosa por lo alta, y las alas ridículas por lo estrechas... El sombrero de moda era de anchísimas alas y de copa tan baja que no era digna de una verdadera *canoas*. Valga la verdad, hasta los chiquillos se reían, más ó menos simultáneamente, de este pobre veterano (dando golpecitos sobre el sombrero) que les parecía una torre de Babel.

Pero las modas pasan, y mi sombrero dura; así que después de algún tiempo volví con él á la ciudad, y noté que la *bimba* de este cura no llamaba la atención; por casualidad y por poco tiempo, la moda coincidió con mi gusto, sobre poco más ó menos, los sombreros de copa de los caballeros que veía pasar junto á mí eran de tamaño y figura del mío.

Volví á planchar el vejete este, y al sombrerero no se le ocurrió proponerme que lo reformara. Estaba bien. Aquella *forma* era la corriente. Como las rechiflas de antaño no me habían dado frío, no me daba calor esto de andar á la moda por una temporada, de pelos arriba. Yo seguí contento con mi vetusta cobertera, no porque fuese de moda, sino porque era útil, conforme con su destino y las leyes constantes de la proporción. Otra vez volví á estar mi sombrero anticuado, y volví yo á no incomodarme por eso. En el presente momento histórico, como dicen en el Congreso, mi *chapeau* vuelve á ser como los que se usan, ¿no es así, caballeros? Vuelvo á la moda... pero no me alegro; como no me dará pena que otra vez la moda se separe de mí.

Larga pausa.

Pues lo que digo del sombrero, lo digo de la cabeza... y del corazón. Cuando escogí estado, cuando seguí mi vocación, cuando me aferré á mis ideas, á mi fe y á mis amores cristianos... no estaban de moda, no, la religión, la fe, ni el cristianismo. Ahora parece que entre la gente de más aristocrático pensamiento soplan aires místicos, ó que así llaman; yo algo he leído de eso, y no todo me olió á farsa, aunque sí mucho. Bien venidos sean esos nuevos cristianos, si vienen solos, es decir, si no vienen con el diablo de la hipocresía ó de la vanidad. Me temo, sin embargo, que esa ola favorable pasará, que la *barca*, que ustedes



Tropa nacional en Alta Gracia. — Fotografía de Avril

saben, seguirá luchando con las tempestades del mundo.... Como quiera que sea, yo siempre tendré sabido que para Dios no hay evoluciones ni pr gresos; su gloria es eterna.... *et nunc et semper*. Perseguidos ó respetados, nosotros siempre los mismos.

Y poniéndose en pie, terminó diciendo: —Quien ve mi sombrero me ve á mi. Según mi razón escogí este chisme, según mi fe y mi conciencia seguí la bandera de Jesús, y aunque hay muchas cosas que cambian y mejoran, no pueden variar las condiciones principales que debe tener un sombrero de copa alta, ni puede haber moda que eclipse la gloria de Cristo. ¡Ay del que le siga mirando si muchos ó pocos le acompañan! A la moda, señores, en conclusión, le pasa lo que á la Academia, según la célebre sentencia de un crítico agudo: la moda es también una autoridad.... cuando tiene razón.

Hubo un momento de silencio.

El amo de la casa se atrevió á romperlo, exclamando.

—Usted saca el Cristo, señor Cura, y eso no vale. Dejemos las cosas de tejas arriba; *en este bajo mundo*....

—¿Negará usted que la evolución es una ley universal demostrada hasta la saciedad?

—El *devenir*.

—Hegel....

—Darwin....

—Spencer.

Mientras aquellos señores abrumaban al pobre cura de la Matiella con alardes de erudición filosófica de segunda ó tercera mano, queriendo imponerle como leyes racionales las preocupaciones del propio *psitacismo*, yo le estaba agradeciendo al buen clérigo, en el fondo del alma, aquella lección sencilla y edificante que venía á sancionar mis pensares más íntimos y mi conducta en la modesta cátedra, donde años y años llevo diciendo á mis queridos discípulos que procuren ser buenos ante todo, y además, y si tienen tiempo, que procuren encontrar por el camino que me parece más racional, menos expuesto á engaños, una ciencia que yo no tengo y que, por lo mismo, no puedo enseñarles.

Hace tres lustros, yo me presenté en mi cátedra con un *sombrero* que no estaba de moda; tenía, es claro, buen cuidado de explicar siempre porque en punto á filosofía hay que atender poco á los sombreros que lleven los demás; pero con todo, por conciencia, también advertía siempre que lo corriente entonces no era pensar así.

El positivismo (¿y qué positivismo el que llega á las *masas* de los ateneos, academias, cátedras, foros, congresos, clubs,

anfiteatros y *laboratorios*!) era en aquellos días, aquí en España, la última palabra. Yo combatía con toda la fuerza de mi convicción las teorías capitales del positivismo, sin negar sus méritos, sus servicios, sus verdades particulares, ni el genio y el talento de tales ó cuales positivistas.

Era yo joven y parecía en cátedra un viejo, un rezagado.

Pasaron años.... y mi *sombrero*, como el del cura de la *Matiella*, está por esos mundos del pensamiento, de moda; á la última.... ¿Por qué no decirlo á los discípulos? Se lo digo con cierta satisfacción contenida, hasta algo melancólica....

Mis ideas son novísimas, mi tendencia la de los jóvenes maestros de Europa y de América....pero yo no parezco un joven, porque voy siendo viejo de veras.

Y como para el viejo, aunque no sea perro, no hay *tus, tus*; sin que deje de halagarme el ver en autores *flamantes* confirmadas mis opiniones, no siento por ello demasiado calor.

Y, como el cura de la *Matiella*, aunque pase la moda de mi sombrero, pienso conservarlo hasta que me muera.... y acaso después. *Et nunc et semper*.

LEOPOLDO ALAS.
[Clarín].

EMILIO ZOLA

(Conclusión)

VI—EL HOMBRE

A pesar de su filosofía, Zola escribió una vez una crónica en el «Figaro» que revela sus debilidades y su inmenso orgullo.

EL SOLITARIO

Mucho tiempo he pensado en escribir una comedia, y si no lo he hecho es porque me ha faltado un regular número de mujeres.

Se trata de un honrado grande hombre, que tiene, naturalmente, á su rededor jóvenes, toda una guardia de jóvenes discípulos, al recollo de su gloria, tratando de sus-traeerle honestamente algunos reflejos. Lo lisonjean como conviene y acaban por dispo-ner de él como de cosa propia, de una pre-ciosa cacería que es preciso poner al abrigo de los profanos. ¿Su gloria no es, acaso, la obra de ellos, en todo caso su propiedad indiscutible, sobre la que tienen derecho de disponer? Jamás sufrirían que se la empa-ñase. La defenderían como el maestro mis-mo, contra él, si un día él tratase de arries-garla.

Y pasa la edad de las grandes luchas, y la hora de la vejez se aproxima, en el triun-fafo de los libros del maestro, que bien querría sentarse un momento á la orilla del camino, respirar un poco, en fin, gozar del paisaje.

Pero, una mañana que un diario ha habla-do de la cruz para el maestro, uno de los jóvenes discípulos acude indignado:

—Cómo! La cruz? Aceptaríais la cruz? Eso sería una vergüenza! Sois demasiado grande, estáis demasiado alto para descen-der hasta ahí. Dejadnos la cruz á nosotros, ínfimos seres que reptamos á vuestra sombra. Eso está bueno para nosotros.

Y el discípulo se hace condecorar, en lu-gar de su buen maestro.

Otra mañana, el mismo periódico refiere que se trata de la candidatura del grande hombre para la Academia. Entra furioso otro discípulo:

—Espero que no iréis á desmentir toda vuestra vida! Vos en la Academia! Vos consen-tiréis en rebajaros para pasar por esa baja puerta! Cuando se tiene vuestra talla se permanece en casa. Sois demasiado grande, y la Academia está buena para nosotros, que somos pequeños.

Naturalmente, el discípulo se sentará, un día ú otro, en el sillón del buen maestro.

Vos sois muy grande! Vos sois demasiado grande! Todos le gritan esto, y hasta hay quien le quita su novia, bajo el pretexto de que, cuando se es tan grande, no debe uno adherirse miserablemente á las mediocres ter-nuras humanas. Se le quiere dios, cernién-dose con un vuelo majestuoso sobre todas las debilidades. Nada le es tolerado, ni una pe-queña vanidad, ni la tontería de una hora, ni una amable contradicción consigo mismo. Y, en fin, cuando se le ha izado como á un Simeón el Estilita en su poste, preten-den alimentarlo de incienso, le montan guar-dia en rededor, para que no se le vaya á ocurrir descender é ir de picos pardos.

Sin embargo, el honrado grande hombre se aburre considerablemente en su poste. El infeliz está lleno de humanas debilidades!

Hay toda especie de deseos, de tontos deseos, que le gustaría tanto satisfacer! Dios eterno! ¿Será que ciertamente eso lo rebajaría? ¿Será que sus obras se harían menos buenas, que su talla disminuiría, si gustase un poco de las cosas ordinarias de que se regala la hu-manidad? Así, lo habría divertido mucho verse condecorado y le habría causado pla-cer entrar en la Academia. Evidentemente, todo eso es muy banal; y puesto que á nadie hacía daño, ni á sí mismo, ¿por qué diablos empeñarse en hacer de él un maniquí au-gusto é impasible, cuando no lo es?

Me falta el desenlace. Pero, si gustáis, suponed que el grande hombre un buen día se fastidie de tal manera en su poste, que baje de él de un salto, derribe á sus discí-pulos y corra á la infamia de no ser sino un hombre.

*

Ah! ese es el verdadero solitario! No es el que por orgullo trabaja aparte, descontento de que no le sean llevados en bandeja de oro todos los honores y todas las fortunas. No es el que las circunstancias han hecho desdofioso y que se vanagloria de vivir su impotencia en la torre de marfil en donde se halla enclaustrado. El solitario no es ni el pobre, ni el desconocido, ni el incompre-n-dido, puesto que á menudo todos ellos no son sino turba, inmensa turba que va ro-dando su oscuro caudal.

Para mí, el solitario es el escritor que se ha encerrado en su obra, en su voluntad de hacerla tan alta, tan poderosa como lo per-mita su aliento, y que la realiza, á despecho de todo. Puede mezclarse á los hombres, vi-vir su vida ordinaria, aceptar las costumbres sociales, ser, en apariencia, tal como los de-más. No por eso está menos solitario, si ha reservado el campo de su voluntad libre de toda influencia, si no hace literariamente lo que quiere y como lo quiera, incontestable á las injurias, solo, y de pie.

—

ZOLA JUZGADO POR SU MÉDICO

El doctor Toulouse, médico de Santa Ana, se entregó hace seis años á un estudio profundo de Zola. He aquí algunas de sus conclusiones:

Establezcamos desde luego, para los parti-darios de las teorías lombrosianas, que Zola no es epiléptico. No es tampoco histérico, ni sospechado de enajenación mental, bien que tiene múltiples perturbaciones nerviosas. ¿Es un degenerado mental? Creo que tampoco le convenga esta clasificación, á menos que se le coloque entre los degenerados superiores (Magnan), en los cuales, á la par de brillan-tes facultades, existen lagunas psíquicas más ó menos grandes. Pero, aún así: ¿en dónde están estas lagunas? Su constitución física y psíquica está llena de fuerza y de armonía. El sistema nervioso está evidentemente hi-perestesiado en algunas partes, y en este con-cepto, desequilibrado, para emplear un tér-mino corriente bastante vago. La emotividad es, en definitiva, defectuosa. Pero todo esto tiene poca resonancia en la esfera cerebral!

*

He aquí algunos de sus gustos:—Las tres cosas que le parecen más bellas son la ju-ventud, la salud y la bondad. Ama también

los dijes y las máquinas de vapor; esto es, la fineza y la solidez del trabajo. La cosa más bella para él sería una máquina de va-por de diamante. Lo que prefiere tocar son los tejidos finos, la seda; entre las cosas que se ven, le gustan los espectáculos urba-nos y los paisajes. En el mundo de los colo-res, prefiere la paleta roja, amarilla y verde de Delacroix, los matices apagados, y en los tonos complementarios, el amarillo unido al azul. En olores, prefiere los naturales, las flores, pero nunca los industriales; entre los sabores, antes eran los sabores fuertes, cuando bebía vino; ahora prefiere los azucarados.

De las emociones aliadas al instinto de conservación, el temor es la principal. Zola no tiene aprensiones en bicicleta, pero, en cambio, lo aterra la oscuridad y no atrave-saría solo una floresta de noche. Teme mor-ir repentinamente y este temor le produce crisis periódicas; á veces, viajando en ferro-carril, lo ha asaltado la idea de verse de-tenido dentro de un túnel cuyos extremos se derrumbasen; esta última fobia tiene algo de mórbido. En fin, nunca ha tenido ideas de suicidio.

—

LAS NOVELAS DE ZOLA

Paul Bourget es insospechable como crítico de Zola, porque está colocado en los antipodas de su escuela.

He aquí lo que el psicólogo escribía del novelista:

....La obra imaginativa de M. Emile Zola consiste en haber puesto en acción dos fuer-zas que obran por sí mismas en toda la socie-dad contemporánea, en Francia y fuera de Francia. Es esta también la razón porque esta influencia eléctrica es tan intensa en Nueva York como en San Petersburgo, en Roma como en Berlín. Estas dos fuerzas son: la Democracia y la Ciencia. Quisiera demos-trar cómo animan ellas la obra entera de Zola, á través de una prodigiosa variedad de temas tratados, y el lugar que le asignan en la historia de la novela moderna.

*

Desde luégo, esta obra es democrática; lo que no significa que desarrolle y sostenga ninguna de las tesis familiares al partido de ese nombre. Es oportuno observar aquí cómo este novelista, acusado tan á menudo de es-petacular con las bajas pasiones de su tiempo, ha sabido mantener la valerosa libertad de su observación y desagradar sucesivamente á todos los partidos. Su sentido de la demo-cracia no consiste en programas electorales ó gubernamentales, sino en una visión espe-cial de la vida humana. Si se tratase de de-finir lo que representan realmente estos dos términos: aristocracia, democracia, se halla-ría que el primero designa un conjunto de costumbres cuyo fin es la producción de un reducido número de individuos superiores. Es la aplicación del adagio: *humanum pau-cis vivit genus*. El segundo, al contrario, de-signa un conjunto de costumbres que con-ducen al bienestar y á la cultura del mayor número de individuos posible. Portanto, el punto de excelencia de una sociedad aris-tocrática, su prueba, es el personaje de ex-cepcción,—resultado supremo y compendiado



LOS MERCADERES PERSAS EN VENECIA — Siglo XV. — Por J. Wagrez

de millares de destinos ocupados en sostener este sér raro; y el punto de excelencia de una sociedad democrática es una comunidad en que la dicha y el trabajo estén repartidos en proporciones indefinidamente fraccionadas entre muchos. No se necesita grande espíritu de observación para comprobar que el mundo moderno, y nuestro mundo francés en particular, se dirige hacia esta segunda forma de existencia. Ahora, si se examinan los libros de los escritores franceses que hacen profesión de pintar las costumbres, en los últimos cien años, se observará inmediatamente que todos han tenido que dejar constancia del hecho, pero para sublevarse contra él, unos, como Balzac y Flaubert, conscientemente; otros, como ese práctico de Stendhal, que se creía jacobino, inconscientemente. ¿Qué han hecho Balzac y Stendhal, sino buscar y describir sin cesar al personaje de excepción, y qué fue toda la vida de Flaubert y todo su arte, sino una protesta prolongada durante cuarenta años, con el más doloroso é invencible ardimiento de sensibilidad herida, contra la decadencia y el agotamiento del individuo en la sociedad contemporánea?

La originalidad de las novelas de M. Zola consiste en que ha sido el primero que se ha dado cuenta, y ha sabido desprender el

elemento de belleza que envuelve una energía colectiva. Al estudiar la estructura de casi todos sus relatos, desde *l'Assommoir*, que marca su entrada en plena maestría, se observa que el héroe del libro es siempre, no como en el *Padre Goriot* ó en *Rojo y Negro*, tal ó cual individuo, sino un conjunto, una vasta actividad anónima de la que depende cada individuo. En *Germinal* es una mina, en la *Bestia Humana* es un ferrocarril, en la *Dicha de las Damas* es un gran almacén, en el *Dinero* es una casa de crédito, en la *Débacle* es ese monstruo indeterminado y formidable: un ejército moderno. En *Lourdes*, en *Roma*, en *París* es toda una ciudad. En esos enormes organismos, siempre se toma en cuenta el esfuerzo individual, pero como una cifra en una adición, absorbida y no teniendo valor sino con relación á la suma. Esos libros hacen sentir y comprender, con una magia embriagadora, esa inmensa aglomeración de cifras humanas y el carácter colosal, desmesurado, casi grandioso del total así obtenido.

Si se considera que este cambio del ideal en este arte corresponde exactamente al cambio de vitalidad general que se efectúa en la civilización contemporánea, se explicará á la vez la resonancia prodigiosa de esta obra. El autor de los *Rougon* es el primero

que ha visto y aceptado la sociedad nueva en lo que constituye su novedad: la sustitución de la masa organizada á la iniciativa personal, el advenimiento de las multitudes, y la desaparición, la disminución á lo menos del poder de la *élite*. Deplórese ó nó este violento é irresistible empuje de la democracia—por mi parte confieso que pertenezco por todas mis fibras á las cosas del mundo viejo, y que creo con una fe profunda en las superioridades de las sociedades oligárquicas—ese empuje existe. El ha encontrado en M. Emile Zola su pintor, digamos mejor: su poeta, un visionario de esta pasmosa marea, igual en genio al fenómeno que tiene delante.

*

Una vez admitida la idea de que en los libros de este artista el puesto capital se halla ocupado no por el sér individual, sino por este otro sér tan complejo como amorfo: una colectividad, se explicará que sus procedimientos de arte se hayan subordinado á ese nuevo objeto y se comprenderá por qué motivo la «hechura» de la novela se ha modificado en sus manos, en un sentido que ciertamente es cómodo reprocharle. Es muy fácil reclamar de un autor cualidades contrarias á las que posee! Habiéndose propuesto mostrar las masas en movimiento, el autor

de *Germinal* ha tenido que aplicarse á reducir en su obra, á un minimum, la porción del análisis individual. Sus personajes, claramente dibujados y muy vivientes, no son jamás examinados más allá de cierto límite. Son siluetas, de manera que puedan tomar. en el momento hormiguero humano que el artista quiere reproducir, un puesto sin saliente extrema, á la manera de rostros yuxtapuestos en una muchedumbre. Se sigue de aquí que ha puesto en pie innumerables criaturas, sin haber recogido nunca experiencias de tal pasión ó de tal manía en el escorzo de uno de esos tipos más fuertes que de ordinario, como el barón Hulot, Julián Sorel, ú Homais.

Queriendo pintar sus héroes en la participación que tienen en un conjunto, ha debido establecerlos sobre las contadas necesidades muy profundas que hacen á todo hombre análogo á otro hombre. A menudo sustituye al estudio del carácter la exposición al desnudo del instinto. Esta es su limitación, pero es también su potencia. Reléase en *Germinal* el relato de la huelga, y en la *Débacle* el de la batalla de Sedan, y pregúntese si semejantes efectos podrían obtenerse si no es sacrificando resueltamente todo lo pintoresco psicológico. A menudo se ha observado la modificación profunda que se efectúa en una sala de teatro por la sola aglomeración de los espectadores. Son mil quinientos que, por separado, tienen cada cual su espíritu particular, sus diferencias casi irreductibles. De súbito, esas diferencias se abolen, esos espíritus se unen por una emoción común, todas esas sensibilidades se estremecen en conjunto y una alma única se exalta en esas almas tan diversas. Este concierto casi milagroso de amplias vibraciones humanas, tiene casi siempre por causa el llamamiento á ciertos sentimientos muy sencillos, pero muy esenciales. No deteniéndose en curiosidades ni en sutilezas, el Maestro de Médan no ha hecho sino obedecer á este principio; y discutir los expedientes de su manera, valdría tanto como reprocharle á un pintor de frescos que no fuese miniaturista.

*

Este mismo principio de simplificación forzada ha llevado al poderoso artista, en sus pinturas del instinto, hasta esa extremidad de audacia que le incrimina frecuentemente; y aquí es oportuno observar en qué esta obra audaz, pero absolutamente sincera y por esto muy sana, se halla animada por esta otra fuerza de nuestra época: la fe en la Ciencia. Hoy ya empezamos á circunscribir el dominio del método experimental y á no esperar de él lo que esperaban un Renan ó un Taine, cuando escribían, el primero, el *Porvenir de la Ciencia*, y el segundo el capítulo de la *Literatura inglesa*, en el que, á propósito de Byron decía: «La ciencia avanza y se aproxima al hombre. Ahora visa al alma humana.....»

Hoy nos parece que esta esperanza de resolver los problemas esenciales del mundo moral por vía de análisis era excesiva, y Taine, si resucitase, vacilaría, tan concienzudo como era, para escribir que «la verdad y el vicio son productos como el vitriolo y como el azúcar»—fórmula, por otra parte,

mal comprendida y que significaba simplemente, en el pensamiento de nuestro malogrado maestro, que la virtud y el vicio tienen *condiciones psicológicas*, como el vitriolo y el azúcar tienen *condiciones químicas*.

Pero, si hemos discernido que hay en el alma como en la naturaleza, un *nescio quid*, un punto de realidad incognoscible é irreductible, si vamos, gracias á ese *nescio quid*, hasta no considerar como inconciliables la religión y la ciencia, revelándonos la una lo que la otra no puede alcanzar, no habremos renegado de lo que fue la parte fuerte y válida del *Credo* de nuestros mayores, ni de lo que permanece siendo el *Credo* íntimo y profundo de la obra de M. Zola: la fe en la unidad de lo verdadero, la convicción de que el único elemento de salud para el hombre reside en el conocimiento y aceptación de la ley, por tanto, de la realidad, puesto que en el orden moral como en el orden físico, la célebre definición es exacta: «Las leyes son relaciones necesarias que resultan de la naturaleza de las cosas». Toda la estética de la escuela llamada sucesivamente realista, naturalista, analítica, psicológica, y que debiera llamarse la escuela de la observación, está contenida en esa fórmula.

Siguiendo esa escuela al través del siglo, se la ve poco á poco crecer y manifestarse en todas las obras de este tiempo que duran y que no han pasado. Se ve primero, en presencia de las elocuentes pero poco sólidas imaginaciones de Chateaubriand, en esa débil plancha anatómica, ese seco y duro *Adolfo*, que el autor del *Itinerario* quizá no se dignó leer. Hoy el *Itinerario* es una magnífica ruina literaria y *Adolfo* vive como si datase de ayer, simplemente porque es verdadero, de una verdad exacta como una monografía de médico. En seguida, se la ve en la época misma en que el romanticismo desplegabamos sus banderas feéricas, en la aparición de las novelas de Balzac, de las de Stendhal, de los retratos de Sainte-Beuve.

Cuán grandes esos tres nombres en esta hora del siglo! Cuán próximos á nosotros nos parecen! Cómo, al releer la *Comedia Humana*, *Rojo y Negro*, los *Lunes*, experimentamos una emoción, no arqueológica y artificial, sino contemporánea y directa! Es que en esos libros encontramos lo que amamos, la verdad y su acento inimitable. Es esta verdad la que buscamos y gustamos en las porciones que sobreviven de los grandes líricos de esta época. Los versos de Lamartine, de Hugo, de Musset, de Vigny, de Gautier que no han envejecido son aquellos en que esos escritores, á despecho de sus propias teorías de arte, han consignado simplemente con exactitud la sensibilidad de su generación. Las porciones caducas de sus obras son aquellas en que han desconocido ese espíritu de indagación precisa, el genio mismo de su siglo.

Véase, por otra parte, cómo los últimos románticos llegados han doblado la poesía de ciencia y la imaginación de realidad. Con Beaudelaire la elegía se hace analítica y psicológica. Detrás de todos los poemas de Leconte de Lisle se oculta una erudición técnica del más preciso rigor. En fin, llega Flaubert, que, nacido en un hospital, hijo de un médico, habiendo respirado la ciencia

por todos sus poros y, sin embargo, apasionado por la forma, crea, en *Madame Bovary*, el tipo mismo de la obra de arte moderna, en donde se hallan reunidas, mezcladas, fundidas, en una indisoluble amalgama, la verdad y la belleza, y ésta derivándose directamente de aquella.

*

Las novelas de M. Zola han salido de esa concepción que Taine definía maravillosamente, cuando llamaba á la literatura «una psicología viviente». El autor de los *Rougon-Macquart* ha considerado la novela como una especie de experiencia hipotética, tentada sobre datos positivos, y cuya primera condición era que los datos fuesen verdaderos y la hipótesis lógica.

Quando suene la hora de la justicia para este obrero infatigable, se reconocerá cuán espantosa labor de documentación previa supone cada uno de sus libros. Se discernirá también la intención constante del escritor: establecer, sobre la Francia contemporánea, una investigación, llevada tan adelante cuanto ha sido posible, destinada á plantear el problema social en condiciones verdaderas.

Entonces no se le disputará el derecho á pintar la *realidad total*, que es el de todo sociólogo, ó más sencillamente, de todo historiador.....

Paul Bourget,
De la Academia Francesa.

ZOLA JUZGADO POR LOS EXTRANJEROS

Me sería imposible decir en pocas líneas lo que pienso sobre M. Zola. Creo haber sido el primero fuera de Francia que habló de él, es decir, de su libro *Mis Odios*. Lo estimo como hombre, lo admiro como escritor, por más que tenga muchas objeciones contra su método, demasiado pesado, y contra sus teorías del naturalismo, demasiado cándidas. Es un gran novelador simbolista.

GEORGES BRANDÉS.
[Dinamarca.]

¡Qué pienso de M. Zola! Recientemente lo he expuesto, en un libro al que se le reprochaba su extensión. Sin embargo, repito que considero á Zola como una de las almas más interesantes y como uno de los productores más prodigiosamente poderosos de este tiempo.

MAX NORDAU.
[Austria.]

Creo firmemente en la existencia de una Providencia divina, que nos concede el uso del libre albedrío para combatir las debilidades morales—triste legado—tanto como los males físicos. Si la naturaleza nos ha dejado males hereditarios, nos ha dotado también de la facultad de aspirar á todo lo que es puro y bello.

El autor de *l'Assommoir* no ha querido hacer resaltar este lado mejor de nuestro ser, que es real y verdadero, tanto como la fealdad y la perversidad. Esto es una laguna enorme que se nota á menudo en él. Salvo estas reservas, me inclino con admiración ante la exuberancia, la fuerza

prodigiosa derrochada en todas sus obras. Sobre todo, *Germinal* y *l'Oeuvre* me han fascinado.

CH. SNOILSKY.
[Suecia.]

No es, me parece, el genio francés, sino el itálico-griego el que con M. Emile Zola ha hecho irrupción en la literatura escandinava.

En *l'Assommoir* y sus otras obras maestras, me inclino ante su celo moral; adoro en él al reformador y al zapador de un tiempo nuevo; y lo amo cuando se muestra grande artista.

A veces olvida su arte. Entonces permanece en pie, grande y brutal, remangadas las manos y escoba enarbolada, amontonando las orduras, rugiendo y describiendo el género y la bajeza de toda la suciedad. Así es también verdaderamente grandioso. Pero todos sus descubrimientos directos son á menudo contrarios á mi sentimiento artístico. Encuentro que los efectos poderosos y sublimes que se sienten en sus obras monumentales están hechos de una multitud de detalles demasiado largos y á las veces fatigantes. Es la arquitectura de un cíclope. Esta es mi opinión sobre la magnitud de Emile Zola!

JONAS LIE.
[Noruega.]

Tengo la mayor admiración por el talento de M. Zola; ninguna por su gusto.....

ANGELO DE GUBERNATIS.
[Italia.]

¿Lo que pienso del autor de *l'Assommoir*? Como escritor lo he admirado siempre, pero con una intensidad decreciente. Su abundancia, su facilidad para poner en escena, su adivinación maravillosa de lo que no ha visto ó ha visto poco, lo imprevisto y lo pintoresco de las palabras con que hace sus imágenes, la amplitud, la profundidad ó el encanto de sus temas, me han producido algunas de las grandes sensaciones artísticas de mi vida.

EDMOND PICARD.
[Bélgica.]

Un libro es un factor de almas. Sí, además, el lector encuentra, como no hay en los de M. Zola, el bien y el mal en proporciones equilibradas, ó al menos en proporciones tales como se las encuentra en la realidad! Pero nó: es necesario un esfuerzo considerable para componer, en la paleta, los tonos de una aurora ó los colores de un arco iris..... En resumen, el naturalismo ama los efectos fáciles y cómodos; prefiere el aire mefítico á los aromas, la sangre viciada á la sangre pura y bermeja, la madera podrida á la savia, el estiércol á la flor, la bestia humana al alma humana!

SIENKIEWICZ.
[Polonia.]

Cuanto á Zola, ¿qué queréis que os diga? No creo que el resto de la Europa se inquiete tanto como París se lo imagina. Cuando más lamentará que un hombre de

talento sufra, hace algún tiempo, no sé qué decaimiento cerebral y se prepare una vez un poco ridícula.

M. MÆTERLINCK.
[Flandes.]

Emilio Zola es uno de los mayores artistas del siglo diez y nueve. Sus defectos, sus excesos, su manera no podrían impedir que lo fuese. No solamente puede y debe ser considerado como artista excepcional, sino que cuenta entre la docena de artistas que han influido verdaderamente en nuestra evolución literaria [hablo de la literatura universal] en este último cuarto de siglo. Entre nosotros tiene admiradores, traductores, editores que pagan en grande, imitadores, comentaristas, enemigos, discípulos. Todo eso constituye la gloria, el renombre, la influencia. Puede ser discutido, pero nadie se atrevería á negarlo.

PARDO-BAZÁN.
[España.]

A LA PRENSA DE CUBA

Sin duda, entre los beneficios que ha reportado á la Grande Antilla su reciente condición de República independiente y soberana, debe figurar en primera línea la saludable misión de su prensa política, á la cual cometen los más avanzados principios el honorable y fecundo encargo de ilustrar la opinión y de informar á los Magistrados de las aspiraciones de ésta, en pro de la honra y renombre de la Patria.

Por esta razón dirigimos á la prensa de la vecina república, á título de información, estas líneas relativas á un asunto que se roza con la Administración pública de aquel país, regida por un patriota á quien de largo tiempo vienen concediendo, cuantos han tenido la honra de conocerle, los más altos atributos que pueden recomendar al universal aprecio á un repúblico y magistrado.

Es el caso que el día 20 de septiembre del año corriente, los señores doctores Agustín Aveledo, Ricardo Ovidio Limardo y Felipe Tejera, y el Director de esta Revista, dirigieron al Excmo. señor don Tomás Estrada Palma, Presidente de la República de Cuba, la siguiente respetuosa y atenta carta:

«Caracas: 20 de setiembre de 1902.

«Excmo. señor Don Tomás Estrada Palma, Presidente de la República de Cuba, etc., etc., etc.

«La Habana.

«Muy respetado señor nuestro:

«Un sentimiento de justicia á la memoria de uno de nuestros ilustres compatriotas, que, con espontaneidad y con el mayor desinterés, puso todo su valor, todo su ardimiento y toda su capacidad militar al servicio de la Grande Antilla que acaba de elevar á Usted al puesto de Presidente de la República, nos impone el deber de dirigir á Usted esta carta.

«Los anales de la independencia cubana registran los títulos y merecimientos de nuestro joven compatriota Don José María Aurrecochea Irigoyen, y ostentan de relieve en sus páginas de oro el honorífico nombramiento de Mayor General del Ejército independiente y General en Jefe del Distrito de Holguín con que él fue dignamente distinguido. Esos anales dicen también que la heroica cooperación del joven venezolano le valió ser condenado á muerte y fusilado, el día 11 de diciembre de 1870, por la gloriosa causa de la independencia de Cuba. Igual suerte corrieron por la misma causa nuestros abnegados compatriotas Cristóbal Mendoza y Cristóbal Acosta; no siendo para pasados en silencio los bravos Enrique Aurrecochea, hermano de José María, y Tomás Mendoza, que en reñidos combates abonaron con su sangre el suelo cubano.

«El joven Aurrecochea, hijo del Doctor Fernando Aurrecochea y de Doña Mercedes Irigoyen y Ladera, formó su corazón en el hogar doméstico bajo los severos preceptos de sus padres, y cultivó su inteligencia bajo la dirección de los sabios profesores Don Juan Vicente González y Don Manuel María Urbaneja, en el colegio del «Salvador.»

«Flamante militar, Aurrecochea abrazó entre nosotros la revolución de 1858; logrado el movimiento, tuvo que abandonarla cuando se vio en el caso de hacerlo por no faltar á los deberes que el honor le imponía. Sus últimos actos encarnaron su celebridad entre nosotros; y buscando él entonces donde aprovechar los altos sentimientos de que se sentía dotado, no vaciló en marcharse á Cuba; y allí abrazó con ánimo resuelto la causa de la Independencia. En Cuba quedó gloriosamente refrendada su celebridad.

«Como de ordinario acontece á los promotores de la independencia de los pueblos y á sus primeros cooperadores, el joven compatriota tuvo el desastrado fin que hemos mencionado, pero que los anales de Venezuela y Cuba independiente tienen ya narrado en páginas perdurables.

«Al sentimiento de justicia hacia los altos hechos de Aurrecochea, otro no menos elevado y justo tenemos que asociar aquí. El malogrado compatriota tiene en Caracas tres hermanas, las cuales se encuentran destituidas de los recursos más indispensables á la vida: sus padres, al morir, no les dejaron otro acervo que el ejemplo de sus virtudes y un nombre immaculado.

«Sabemos que las señoritas Aurrecochea se han dirigido ya al dignísimo Presidente de Cuba,—que felizmente para todos lo es «Usted,—con el objeto de implorar un auxilio. Por un deber de justicia, á esa solicitud adherimos nosotros, confiados en que «Usted la considerará de la misma manera, y que por lo tanto la estimará exaudible.

«Con elevados sentimientos de consideración y de respeto, tenemos la honra de suscribirnos de Usted, obsecuentes y seguros servidores.

«Q. B. S. M.

«AGUSTÍN AVELEDO. — RICARDO OVIDIO LIMARDO. — FELIPE TEJERA. — J. M. HEERRE. — RA IRIGOYEN.»

Junto con esta carta fueron expedidos los números de EL COJO ILUSTRADO en que fueron publicados los retratos de S. E. el Presidente de Cuba y del señor General Aurrecochea; el primero, como un tributo que se deberá siempre á quien ha tenido la gloria de ser el primer Jefe de un Estado constituido independiente y soberano, después de una epopeya ilustre de largos y gloriosos años; y el segundo, como un recuerdo, también merecido, á los manes del épico batallador que, no teniendo ya en su patria de héroes campos que regar con su sangre generosa, fué á fecundar los de la tierra en cuyo seno han caído, entre los fra-gores de las batallas ó desde la altura de los patibulos, egregios venezolanos, paladines de la Libertad.

Adjunta á la carta preinserta, fue también una tarjeta con los títulos de los firmantes, á fin de que el Excmo. señor Estrada Palma pudiese juzgar del valimiento de los tres primeros, de su distinguida situación social y de su personalidad científica y literaria: es, en efecto, el señor doctor don Agustín Avelado, el Director de la Escuela de Ingeniería, fundador y director desde 1859 del «Colegio de Santa María,» en donde se han educado más de veinte y cinco generaciones, y Presidente del Colegio de Ingenieros de la República, etc.; el señor doctor Ricardo Ovidio Limardo es juriconsulto de nota, prez del Foro venezolano, Individuo Correspondiente Extranjero de la Real Academia Española, Miembro Honorario de la de Bellas Letras de Santiago de Chile, Caballero de la Legión de Honor, etc.; y el señor don Felipe Tejera es Miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, Miembro de la Academia de la Historia, Profesor de Literatura Española en la Universidad Central de Venezuela, etc.

A esa carta, á sus términos tan respetuosos como corteses, á la justicia de su contenido y á las muestras de civildad y de cultura que la acompañaron, ha creído conveniente, el señor Secretario General de S. E. el Presidente de la República de Cuba, contestar en la siguiente forma:

3255

REPUBLICA DE CUBA

PRESIDENCIA

Habana, 20 de Octubre de 1902.

Señor Doctor Ricardo Ovidio Limardo.

Caracas.

República de Venezuela.

El señor Presidente me encarga acuse á usted recibo de la apreciable comunicación que le fue dirigida por usted y otras personas, contraída á solicitar se auxilie á las señoritas Aurrecochea, lo cual por de pronto no es posible puesto que el Congreso no ha votado suma alguna para ese fin.

De usted atentamente,

JORGE ALFREDO BELT,
Secretario de la Presidencia.

Los peticionarios de Caracas, ciudadanos también de una república representativa, han interpretado el contenido

legal de esa respuesta y le rinden el acatamiento que se debe á lo que es del inviolable imperio del mecanismo administrativo y de las prescripciones constitucionales de Cuba independiente; pero en orden á la formalidad que en todo país civilizado preceptúa la etiqueta y exige la urbanidad, sobre todo cuando se trata de la SECRETARÍA GENERAL de un Jefe de Estado, los peticionarios venezolanos han debido sorprenderse de la forma y estilo de esa respuesta, RUDIMENTARIAMENTE COMERCIAL, trasmisión festinada y *sans cérémonie* de un «recado» que envía con un desparpajado mandadero el Excmo. señor Presidente de Cuba.

No hemos tenido la más remota sospecha de que este Magistrado haya podido conocer los términos de la respuesta de su Secretario General, porque de muy antiguo, y en todo el continente americano, son conocidas y justiciaramente recomendadas las excelentes prendas de cultura, de inteligencia, de instrucción diplomática, de exquisita gentileza, que adornan la personalidad del caballero ex-Representante de Cuba libre en los Estados Unidos, hoy su Primer Magistrado.

Pero es incuestionable que el señor Secretario General de la Presidencia de Cuba, carece de la noción más elemental del ceremonial que se estila en casos como el que se le ha ofrecido; en el cual, y en todos sus similares, se sigue el del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, en todo el mundo diplomático. De otra manera es inexplicable que el agente inmediato de la correspondencia del Jefe del Estado Cubano escriba en MÁQUINA Y EN UNA HOJA DE PAPEL DE CARTAS!!, haciendo caso omiso de tres de los firmantes de la carta de Caracas y aludiendo á ellos con la desdeñosa expresión de: *otras personas!*

Sin duda ignora también el señor Secretario General lo que la más trivial galantería aconseja insinuar, de conceptos corteses, cuando hay damas de por medio, máxime si se trata de las señoritas hermanas de un libertador de la República, la cual exhibe tan desventuradamente el señor Secretario General.

Súmese, si nó, con la carta anterior, la siguiente para las señoritas Aurrecochea:

2430

REPUBLICA DE CUBA

PRESIDENCIA

Habana, 24 de Septiembre de 1902.

Señorita ISABEL Amalia Aurrecochea (es Isabel).

Caracas.

República de Venezuela.

El señor Presidente me encarga acuse á usted y á su señorita hermana recibo de su apreciable comunicación y que les manifieste que no es posible acceder á su solicitud, porque la Constitución de la República previene que no SE PAGUE más haberes que los de los combatientes de la guerra de 1895 ó los que correspondan á los herederos de éstos.

De usted atentamente,

JORGE ALFREDO BELT,
Secretario de la Presidencia.

Tampoco se inspiró en nobles sentimientos de patriotismo cubano el señor Secretario General de S. E. el Presidente Estrada Palma. En su festinación mercantil olvidó, al dirigirse á venezolanos, imperecederos antecedentes de la historia americana: olvidó que desde 1828, libres el Perú y la América por la victoria de Ayacucho, y constituida Bolivia, el LIBERTADOR DE COLOMBIA llamó al glorioso acuerdo de independizar á Cuba, á los más brillantes tenientes de aquella época de romanos, que llenaban con su nombre y con su fama el mundo político de entonces: á *Sucre*, á *Páez*, á *Soublette*, á *Urdaneta*, etc.: olvidó que en 1851 cayó agarrotado, por la libertad de Cuba, *Narciso López*: olvidó que, flor de juventud, de bizarría y de coraje, pagó *Néstor Aranguren* con su vida, su entusiasmo y su amor por la Causa de Cuba: olvidó cuánto fue con cariño de hermano, como venezolano considerado, como hijo por el espíritu de esta tierra de Libertadores querido, el ilustre *Martí*: olvidó cómo, en ágoras tumultuosas, esta generación intelectual de jóvenes venezolanos constituyó los últimos «Clubs,» pidiendo de nuestro Gobierno reconocimiento de la beligerancia para los luchadores de Cuba, con valentía y ardores tales como si fuesen por su bandera y por su patria; y ciertamente le habrán parecido cosa baladí, al señor Secretario General, el valor, los esfuerzos, la sangre y la vida de esos mismos *Aurrecocheas*, *Mendoza*, *Acostas*, *Ramírez*, etc., puestas á contribución para levantar, en afán sangriento, ese alto solio á cuyo lado se da espontáneamente, á si mismo, el poco apetecible cargo de *commis greffier* el señor Secretario General del Excmo. señor Presidente de la República de Cuba.

Debemos significar también que el objeto de los peticionarios venezolanos no fue solicitar una limosna para las herederas del General Aurrecochea; sino recordar al Gobierno de la República de Cuba el cumplimiento de un deber para con el prócer muerto en el patíbulo, por la sacrosanta causa de la patria. Ya que no fuese de la incumbencia del Excmo. señor Presidente atender á este reclamo, si le correspondía á fuero de representante de la equidad nacional, acudir al Soberano Congreso, para que honrando la memoria de los libertadores, acudiese á su vez, como es de pueblos agradecidos, al socorro de sus olvidados nombres laureados por el martirio y de sus legítimos herederos sumidos en la infelicidad.

El Director de EL COJO ILUSTRADO suplica á los colegas de Venezuela y de Cuba la reproducción de las presentes líneas.





Ayúdame, y Dios te ayudará. — Por Chocarme-Moreau

DONDE?.....

Frentes cubiertas de albas tocas,
por las vigiliadas aureoladas;
marfiles tersos de las bocas
de las vírgenes suplicadas.

Frágiles manos que los rudos
rosarios llenan de dolores,
y finos pies casi desnudos
que se marchitan como flores.

Rubios cabellos olvidados
que en las recónditas gavetas,
soñáis con líricos tocados
y con románticas peinetas.

Novia doliente del suicida
que cuando triste profesaste,
como un recuerdo de la vida
sólo el anillo te llevaste.

Decidme, ¿en dónde hallaré el fino
verso que diga vuestro duelo,
de alburas candidas de lino
y suavidad de terciopelo?

ALEJANDRO CARIAS.

CHARLA DE SOCIEDAD

*(La terraza de una «villa» de Biarritz
que da al mar. Ha concluido el almuerzo
y se sirve el café.)*

*La condesa, una viudita encantadora y
elegante.*

José Luis, un solterón que se divierte.

Otras varias personas.

La condesa sirve á José Luis el café).

—¿Dos terrones ó tres?

—Un terrón solo.

—¿No es usted goloso?

—Según. Lo soy de varias cosas....
Por ejemplo....

—Va usted á echarme una flor.... Lo
presiento.

—Iba á decirle que cuando estoy á su
lado me encuentro perfectamente, y has-
ta se me antoja que el tiempo camina
más á prisa. Es usted una mujer encan-
tadora.

—Que tiene el propósito de no hacerle
caso.

—En lo que hace usted perfectamente.
La justicia ante todo.

—Es usted un hombre original. Me
hace la corte.... una corte.... discreta,
lo reconozco, y encuentra que hago per-
fectamente en no hacerle caso.

—Condesa, yo soy un hombre sincero.
Usted es una mujer divina. Sin embargo,
la belleza no es su encanto mayor. Des-
pués de haber hablado un rato con usted
me separo siempre pensando: El amor
de esa mujer, ¡qué tesoro! ¡Qué dicha
conseguir interesar su corazón! Lo mis-
mo supongo que ocurrirá á los demás
hombres. Un sentimiento naturalísimo.
El deseo de poseer la rosa que exhala en
el jardín su perfume. Pero me pongo
en su lugar. ¡Hacer caso á un solterón!
Porque yo voy siendo ya un solterón!

—Es usted muy modesto. Lo es desde
hace muchos años.

—Muchas gracias. Bueno. Lo soy des-
de hace años. Hacer caso á un solterón
que sólo podría amarla de un modo....

especial... que seguramente no la satisfaría... ¡Sería una locura!

—Puesto que usted se lo dice todo, no hay más que hablar. ¿Y qué modo de amar es ese? Voy á confesarle á usted.

—¡Ah! ¿Es usted curiosa? Estaría en mi derecho excitando su curiosidad... sin satisfacerla. Pero soy un buen chico... Mi amor sería el de un egoísta de principios, ó mejor, para que no me rectifique usted, de fines del siglo pasado.

—Es decir, deseo, vanidad, capricho; todo menos amor.

—Poco á poco. Sería el mío amor sincero, auténtico, legítimo, producido por la admiración que despierta su belleza; pero, al fin, el amor de un egoísta.

—¿Y por qué es usted así?

—Primero, porque lo soy. Se es egoísta como se es rubio... Y luego, por filosofía, por convicción.

—¿También filósofo? Entonces no se enamorará usted nunca.

—Puede que deje de serlo el día que me haga usted caso.

—No pienso, por ahora. ¿Y de qué le sirve su filosofía?

—Para trazarme una línea de conducta; para hacer una vida á la que falta algo, pero á la que no sobra mucho.

—Un poco intrincado es eso.

—La felicidad, condesa, han dicho varios filósofos, no estriba en otra cosa sino en la ausencia de dolor. Este es de substancia positiva. Aquella, de naturaleza negativa. No sufrir es casi gozar. ¿Comprende usted?

—Comprendo que no es usted de la misma manera que yo.

—Ahora bien, el amor... como usted lo siente... el matrimonio... todo eso lleva aparejado grandes dolores. Yo sueño con esa... felicidad (la llamaré así para darle á usted gusto y por respeto á las conveniencias sociales), como sueña con una isla de dulce clima y vegetación frondosa el que tiene el firme y decidido propósito de no embarcarse nunca.

—Ya me figuraba yo que todo ese discurso vendría á parar en una impertinencia.

—No es, en el fondo, sino una confesión sincera... ¿No quería usted confesarme?

—¿De modo que tiene usted horror al matrimonio?

—Horror invencible; miedo insuperable.

—Y ese horror, ¿lo ha tenido usted siempre ó es producto de algún desengaño?

—Ha nacido... de los desengaños de los demás.

—De modo que usted, en el fondo, desprecia á las mujeres, cuando no cree capaz á ninguna de ellas de hacerle feliz...

—¡Despreciarlas!... nada de eso... En muchas ocasiones las prefiero á un libro, á un paseo en coche y hasta á un viaje.

—¡Es usted un monstruo!

—La mujer tiene varios puntos de vista. La mujer pasión: bajo ese aspecto he hojeado muy de prisa el libro del amor. Percibí pronto las espinas. El amor como entretenimiento, como coqueteo, lo prefiero á una partida de *baccarrat*, á



LA VIRGEN Y EL NIÑO. Cuadro de Gerard David

una expedición de caza, á un libro. —¡Qué gracioso!

—La mujer materia: los orientales demostraron ser unos sabios. Bajo ese aspecto he saboreado todas sus exquisiteces, como se saborea un plato de cangrejos ó una copa de añejo Chambertin, los cuales dejan en el paladar un gusto delicioso... hasta que se comienza á hacer la digestión.

—Es usted un cínico. Y ha hecho perfectamente en no casarse... Es usted demasiado... oriental.

—¿No me ha exigido franqueza?

—Sin embargo, es usted entretenido. Aún no ha llegado el automóvil. Siga la confesión.

—Hombre independiente, me entretiene la vida de sociedad. La daré además un detalle que va á horripilarla. Soy persona arreglada. Vivo solo en el entresuelo de la calle de Olózaga que ha tenido usted la curiosidad de visitar para ver mi colección de miniaturas. Como usted sabe, cultivo el arte antiguo. Tengo algunos objetos de interés. No puede usted figurarse lo que eso entretiene. Una vez fallé á una cita de amor por ir á adquirir una bandeja del siglo XVI que vendía cierta marquesa para renovar su abono del Real.

—Y después de esa falta imperdonable, ella le puso á usted en la calle. Me alegro.

—No: se enamoró de mí, que fue peor.

—¡Tonto! A pesar de lo que dice se aburrirá usted mucho.

—Alguna vez. Un día que no tiene uno gana de vestirse para ir á una comida. Poca cosa.

—¿Y los momentos de tristeza honda? ¿Y las enfermedades?

—Tengo una hermana viuda y dos sobrinillas muy monas... Tienen noticia de mi testamento. Cuando me acomete la nostalgia de la familia las voy á ver. Lo que me miman aquellas chicas no es decible. Si estoy malo, se instalan en mi casa. Luego se van, y yo me quedo otra vez

.... á solas, sin testigo,
libre de amor, de duelo,
de odio, de esperanza y de recelo,

que dijo el poeta.

—Bueno. Usted dice que sueña en el amor... tal cual yo lo entiendo, como sueña en una isla de dulce clima y vegetación frondosa...

—.... Aquel que tiene el firme propósito de no embarcarse nunca.

—Su horror á... embarcarse depende de que la isla de dulce clima y frondosa vegetación no ejerce sobre... sus sentidos, sobre su imaginación, la influencia necesaria para hacerle mudar de consejo... Pero si Dios no me diera á mí más trabajo...

—¿Se comprometería usted?

—Á hacerle dar la vuelta al mundo en un buque de vela.

—Es usted atrevida.

—Soy mujer... Pero puede estar tranquilo. No me lo propongo. Su libertad no peligra.

—Reconozco la influencia que puede ejercer una mujer hermosa y de recursos como usted en la vida de un hombre... Pero perdería usted el tiempo... Ya la he dicho que tengo horror invencible... al mar. Sólo me embarcaría... con usted para dar un paseo en bote cerca de la orilla.

—No hay cuidado.

—Y aun así, lo pensaría antes... Porque es usted una mujer peligrosa... y el diablo las carga.

(Se oye el taf-taf del automóvil, que se acerca. La dueña de la «villa» se presenta en la terraza, envuelta la cabeza en el amplio velo que usan las señoras para pasear en los Panhard Levassor. La condesa, que forma parte de la expedición [así como José Luis], se coloca ante un espejo el consabido velo, ayudada por su interlocutor.)

—Lo dicho, José Luis. Es usted un presumido, y no faltará alguna de mi sexo que consiga, si se lo propone, hacerle dar la vuelta al mundo en un buque de vela... A un solterón como usted le pesca... una chiquilla de diez y ocho años....



UNA LUCHA DEL CORAZON. — Por H. L. Hubbell

UNA LAGRIMA

—

Rayo de luz que va de un alma á otra
 Portador de tiernísimo mensaje,
 Poema ú oración, cántico ó ruego,
 Si titila en los ojos de un amante.

Gota radiante del amor sublime
 Que en aras del Creador en ondas arde,
 Bendición descendida de los cielos,
 Cuando tiembla en los ojos de una madre.

LUIS M. MARMOL

EL POETA Y EL CONDOR

—

—Condor, huésped eterno de los Andes,
 Que anidas en las cumbres de granito,
 Y en la serena atmósfera te expandes;
 Yo conozco mejor el infinito
 Que tú, porque mis alas son más grandes!

—Cállate, poeta, acaso no comprendes
 Que tu ambición es sueño de un segundo,
 Que si tus alas al espacio tiendes
 No acabas de subir cuando descienes
 A enlodarte otra vez, mosca del mundo?

JULIO FLOREZ

LA ESTROFA

A UNA SEÑORITA DESCONOCIDA

Como de oro purísimo—en la fragua
 del corazón,—magnífica y luciente,
 sobre el yunque de todos los dolores,
 inquebrantable, la forjó la mente.

Y al vibrar en la diestra del poeta
 fulgurante de luz como una estrella,
 no sabe, el mismo que forjarla supo,
 qué corazones herirá con ella.

DULCE MARÍA BORRERO

Septiembre, 1902.

NUESTROS GRABADOS

Cuadro de Hans Memlinc

Los directores del Museo de Brujes han llevado á cabo su proyecto de una exposición de arte flamenco, solicitando en préstamo, de todos los demás museos y colecciones de Europa, las obras todas que han hecho inmortal en los fastos humanos á la gloriosa patria de Van Eyck.

Bruges es de las pocas ciudades del planeta que, como Oxford, como Pisa, como Siena, han conservado á través de los siglos, su fisonomía y su carácter antiguos, el que le dieron los solemnes varones arquitectos de la patria flamenca, el que le conservó el espíritu austero y conservador de esa raza admirable, sublimado por los más eminentes y concienzudos artistas. Sus campiñas, sus senderos, sus cielos, sus horizontes, sus iglesias y sus torres son las mismas de la ciudad de silencio, de recogimiento y de fe, pintada por Rodenbach.

Entre los tres artistas fundadores de esa primitiva escuela flamenca, artistas místicos y piadosos, figura Hans Memlinc, el autor de la Virgen y el Niño que reproducimos y que se ha exhibido este año en Brujes.

Cuadro del Correggio

La reproducción de este cuadro es la de una vista fotográfica que ha sido tomada en Florencia.

En él, como en todas las obras del Correggio, se manifiestan en la exquisita armonía de la composición, la gracia amable y dulce de sus ideas, la fecundidad poética de sus concepciones, su colorido luminoso y pleno de vigor, las características del inmortal maestro que hiciera exclamar á Rafael de Urbino, delante de una de sus creaciones: *anch'io son pittore!* y de quien Carracci escribía á su hermano: "Nosotros pintamos como los hombres; Correggio pinta como los ángeles."

Segadora

La siega! Para los que han visto, desde el umbral de la rústica cabaña, frente á los horizontes empañados por la tenue neblina de las mañanas, mecerse en lentos ritmos los campos de oro cuyas espigas esplenden al sol de Oriente; para los que han visto alzarse en los *limpios* de la era el penacho fugescente que en serpeantes espiras eleva á las alturas el holocausto del trabajo bendecido, la siega! el grito feliz del labriego en fiestas, evoca las leyendas olorosas de Provenza, y sobre las figuras apacibles de esas segadoras, y en sus ojos tranquilos y serenos, flota y se cierne, como una nébula de inocencia y de candorosa paz, el alma ingenua y pastoril de la *Miraya* de Mistral.

El domingo por la mañana

Los hermanos Veber, Jean et Pierre, comparten el dominio de cierta crítica humorística, á veces demasiado picante, con la cual persiguen hasta la crueldad, el uno con el lápiz y el otro con la pluma, todas las extravagancias, todas las deformaciones y todos los *snobismos* con que dia-

riamente renuevan la moda y los caprichos la móvil fisonomía del París grotesco y atollado.

Con Caran d'Ache á la cabeza, forman la estrepitosa muchedumbre de inagotable vena, en la cual se nombran á Alex, Kern, Edward, Rabier, Poulbot, Dous, Dandurand, Crozet, y cien más, que hurgan hasta los más apartados escondrijos de la extravagancia, para sorprenderle y arrebatarle sus más risibles muecas, desde la gravedad del Consejero de Estado, hasta el ingenuo asombro del *paysan* estupefacto.

Contémplesse, en las varias fachas de los parroquianos de ese exquisito Fíguro de provincia, cómo ha chapado el dibujante todo un laberinto de gestos cómicos sobre las más correctas actitudes de la formalidad y la circunspección. Con un poco de humor y mala intención, es fácil que así nos parezcamos todos en esa "solemne emergencia."

Cuadro de Vinci

El original de este cuadro pertenece á una colección poco conocida sino entre los críticos, porque es propiedad del barón de Schlichting, quien, justamente, no es un coleccionista de obras maestras de pintura, sino que obtiene algunas de éstas muy notables, para decorar la preciosa galería particular en donde ha recogido el mayor número de las más ricas y célebres miniaturas.

La obra del admirable florentino, que fue pintor, escultor y arquitecto, representa á la Virgen sentada, con el Niño sobre la rodilla izquierda; al fondo, el espejo profundo del lago de Garde, su ambiente y sus montañas, y tanto por esto, como por el parecido de la Virgen á la Santa Ana del Museo del Louvre, júzgase que el maestro ejecutó esta obra en el siglo XVI, á su vuelta de Venecia.

Discútese si fue ella pintada para satisfacer un deseo regio, y á este propósito se recuerda que Luis XII manifestó el placer que le daría el gran florentino si "se dignase pintar algún pequeño cuadro de Nuestra Señora ú otro que tuviese á bien."

Fantasia

Naturaleza, milagrosa y sabia, ha puesto en el ministerio de la maternidad el divino secreto de un tesoro de gracias, de alegrías y de felicidad con que, al enseñar riente ventura á la nifez, prolonga la juventud de la mujer más allá de sus temores por la ruina de su belleza y de sus dones. ¿En nombre de cuál otro sentimiento más alto que ese sacrosanto de madre, quedaría bien la adorable *fantasia* de volver á los tiernos días de infancia bulliciosa y traviesa?.....

Los mercaderes persas en Venecia

El asunto del cuadro de Wagrez pertenece á la época histórica de las célebres ciudades italianas, en el siglo XV.

Poderosa, más que Milán, Génova, Florencia ó Nápoles, Venecia era la más temida de aquellas terribles entidades. Su poder político dominaba desde las orillas del lago de Como hasta el corazón de la Dalmacia, y era dueña de Candía y de Chipre; su industria poblaba de maravillas las costas del Adriático, del Me-

diterráneo y del océano; su comercio avallaba al Asia y al Africa.

A veces permitía que los productores de la remota Persia vinieran hasta ella, á mercar sus magníficas riquezas telares, y es uno de los episodios de esos viajes y comercio lo que ha dado motivo á los pinceles de Wagrez.

En Altagracia

Nuestra vista representa una "formación" de tropa nacional en Altagracia de Orituco, en momentos de salir á campaña.

Una lucha del corazón

La sencilla é ignorante aldeana, que fué á servir á la ciudad, regresa al hogar estigmatizada por la deshonra, avergonzada por la culpa, abrumada por el delito. La madre acaricia, consuela y perdona: lo difícil, lo terrible, lo desgarrador es la cólera, la vergüenza, el dolor del padre severo é inexorable; y á no ser por la intercesión de aquel á quien se le ha encomendado sobre la tierra el encargo evangélico, «misericordia quiero, y no sacrificio,» la pecadora habría sido arrojada fuera del hogar y de su amor á las vicisitudes dolorosas del pecado sin perdón y sin esperanzas.

La Virgen y el Niño

Al lado de Hans Memlinc, cuya obra publicamos también en este mismo número, compare Gerard David la gloriosa edad de la primitiva pintura flamenca.

Este cuadro de la *Virgen y el Niño* pertenece al gran tríptico de la colección Somzée, que en la última exposición de Brujes se ha expuesto á la pública admiración en la vieja ciudad piadosa y mística.

Ayúdate, que Dios te ayudará

Si el dibujo es perfecto, y armoniosa la composición, y alegre el movimiento del cuadro de Chocarne-Moreau, no puede ser más cruel la interpretación del terrible precepto de la ley de cólera y de egoísmo, cuyo espíritu sin duda aconsejaba á los escribas y fariseos las insanas exclamaciones del capítulo XVIII de San Mateo: *dejemos á ver si vendrá Elias á salvarle.*

SUETOS EDITORIALES

SIEMPRE TÚ

Es el título de un valse nacional de que es autor nuestro amigo el reputado artista Salvador N. Llamozas, quien nos ha obsequiado con un ejemplar que agradecemos.

Por demás sería hacer recomendación de las aptitudes del autor, que constantemente enriquece su repertorio con obras ya aplaudidas y ventajosamente conocidas, como su Himno á Miranda, que fue laureado, barcarolas, marchas, fantasías, recitaciones y un *recueil* de aires nacionales.

SEÑORITA AGUSTINA PÉREZ BRITO

El día 11 de noviembre próximo pasado dejó de existir en esta capital, esta virtuosa y apreciable dama, á cuya familia y deudos acompañamos en su dolor.

El Específico de la Tuberculosis.

De todas las especialidades farmacéuticas conocidas ninguna es tan agradable al paladar, tan indispensable á la salud y de reputación tan sólida como la Emulsión de Scott.

Ningún medicamento la aventaja en eficacia. La fama de que goza tan mercedamente no ha sido disputada por ninguna otra sustancia farmacológica; los médicos de todo el mundo la preconizan como el más excelente agente terapéutico contra la tuberculosis, la escrófula, el raquitismo, el linfatismo y todas las enfermedades que reducen el organismo á la miseria fisiológica. La

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de
Bacalao con Hipofos-
fitos de Cal y Sosa

casi puede decirse y no sin razón que es el específico de la tuberculosis, especialmente cuando se usa á tiempo. Tales son sus admirables resultados en esta común enfermedad.

Exíjase la legítima.

De venta en las Boticas.
SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

7 A

bién habla cátedras de hebreo, caldeo, árabe y griego.

Era de ver asistir á las aulas á aquella muchedumbre de tan distintas clases y condiciones, de diferentes colegios, de varias religiones, y aunque casi uniformados con el semi-clerical ropaje, distinguíaseles por su porte y maneras, y á los religiosos por el color de su hábito.



A éstos se les habían puesto graciosos nombres. Golondrinos se les llamaba á los dominicos, pardales á los franciscanos, cigüeños á los mercenarios, grullas á los bernardos, tordos á los gerónimos, palomos, á los mostenses, y á los del colegio de San Pelayo, verderones.

Por esto, y porque á los demás se les podía aplicar la frase sin mentira, se dijo que en Salamanca anidaban toda clase de pájaros.

*

Para recibir el grado de bachiller, previo señalamiento del rector, presentábase el estudiante acompañado de un doctor que le apadrinaba, y era el que le confería el grado. El doctor subía á la cátedra y el graduando decía una arenga pidiendo el grado; bajaba su padrino de la cátedra y decía al bachiller que subiera á ella. Nueva arenga de éste disertando sobre cualquier tema de la facultad, y terminaba el acto con un convite; pero en este grado no se les permitía gastar á los que lo recibían más de tres florines de Aragón en el convite.

Entre el grado de bachiller y el de licenciado mediaban cinco años, durante los cuales daba lecciones de repetición ó repaso, si no podía hacerlo en la Universidad, en su casa, exceptuando las horas de prima y vísperas; el bedel estaba encargado de avisar por las cátedras para que acudieran los que quisieran á las lecciones de aquél.

Pasados los cinco años se presentaba al eclesiástico ó maestrescuela, y juraba ante éste, y bajo pena de excomunión, que no había cometido ningún soborno para obtener la licenciatura, ni lo cometería (!). El día señalado, después de oír la misa del Espíritu Santo, se le daban puntos á presencia de todos los doctores. Al siguiente día se presentaba en la capilla de la Catedral que señalaba el maestrescuela, ú otro paraje idóneo, y allí, durante dos horas, desarrollaba el punto que le habían dado, respondía á los argumentos y preguntas, y pasado aquel tiempo se procedía á votación, yendo al día siguiente el graduando á casa del maestrescuela á saber el resultado. Primero se daban los grados por la tarde, pero después se dieron por la noche, pagando el licenciado una sena opípara. Aun quedan restos de esta costumbre, pues los que se licencian en aquella Universidad envían á los que forman tribunal, platos de dulces ú otro obsequio semejante.

L. ALONSO.

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 47 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

La mejor dieta

Es general la creencia de que la dieta es el mejor remedio para curar ciertas enfermedades; pero el hambre es la voz de la naturaleza que nos avisa que el estómago necesita alimento; y como este toque de atención debe ser atendido, muchas personas, ó casi todas, comen mucho y muy á menudo; mas no cabe duda de que la dieta absoluta es un remedio heroico. Cuando un estómago está enfermo no hay cosa mejor que dejarle sin alimento; pero existe un medio de no quedarse sin comer: el de ingerir frutas solamente, porque el jugo de éstas obra como desinfectante y mata los gérmenes que el estómago contiene.

Por lo general, con seguir solamente dos días el tratamiento de la dieta de fruta, se consigue exterminar todos los gérmenes dañinos que contiene el estómago.

También puede comerse un poco de pan esterilizado, que no impide que la dieta haga sus efectos.

La ciudad de los teléfonos

Seguramente no habrá quien suponga que Stokolmo es la ciudad del mundo que posee, proporcionalmente al número de habitantes, mayor cantidad de teléfonos.

Mientras que en Londres se cuentan 47 aparatos por cada mil habitantes, en París 71, en Nueva York 150 y en San Francisco 706, la capital de Suecia posee, por término medio, 980 aparatos por mil habitantes.

Hay aparatos hasta en las alcobas de los hoteles, y no hay tienda ni casa particular que no tenga su correspondiente teléfono. Las mismas lavanderas, por pobres que sean, están abonadas.

En casi todas las esquinas de las calles hay kioscos públicos donde por una cantidad insignificante se puede comunicar con cualquier abonado, no solo de la localidad, sino de cualquier otro punto de Suecia.



VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: **ROVERSI - CARACAS**

Departamento ACETILENO

APARATOS sistema Roversi
Carburo de calcio de \$ 7 á 12 el quintal de 100 libras, según condiciones.

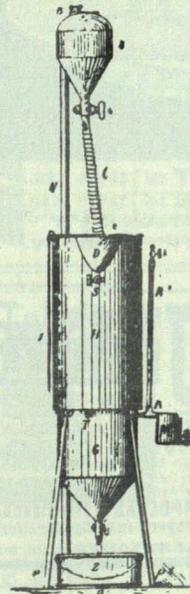
Quemadores, Bunsen Hornillas, Lámparas, Tuberias y accesorios de todas clases, Instalaciones completas.

EL IDEAL à cañada de carburo en el agua. PRIVILEGIO NUM. 161

Departamento MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos

Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Más de 30 son los aparatos colocados. Carga de k 1 á k 50 - Valor: de \$ 15 á \$ 250.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela - Ministro de España - General Ballo - Faro de Puerto Cabello - Dr. González Flores - Dr. Lacavalerie - Ing. M. Pérez - Hotel León de Oro - Familia Rodríguez - Tipografía Vidal - Marmolería Roversi - Panadería Solís - General Quintero - Dr. Rivero Saldívar - Montemayor, etc.

La bofetada de Victor Hugo

Quién lo creería?

El gran poeta fue una vez abofeteado. Al contrario de La Fontaine, él adoraba á los niños y un día fue convidado á una comida en que la mayor parte de los concurrentes eran chiquitines.

Después de la comida, se jugó á lo que se llaman «juegos inocentes» y el «abuelo» se mostró poco experto en este género de ejercicios. Condenado á entregar numerosas prendas, tuvo que ejecutar una gran cantidad de proezas extravagantes, que contrastaban de manera extraña con su gravedad olímpica.

—Qué pena debe sufrir el propietario de esta prenda? Se preguntó entre otras cosas.

—Recibirá una bofetada del más pequeño de todos.

Horrible momento! . . . Al tirar de la punta de un pañuelo, apareció éste marcado con las iniciales V. H.

Victor Hugo condenado á recibir una bofetada! Hubo un silencio siniestro.

Durante algunos minutos el chico designado vaciló. Recogió sus fuerzas, balanceó la mano, y tomando impulso, le envió á todo vuelo dos soberbios cachetes al poeta atónito.

Hubo un calofrío en la concurrencia. Pero ya Victor Hugo se acariaba tranquilamente las mejillas diciendo muy sonreído:

—Pegas fuerte, chiquillo.

Este es hoy un hombre de cuarenta años y refiere esta aventura como el mejor de sus recuerdos.

¿Volverá á surgir la Atlántida?

La persistencia de grandes erupciones volcánicas, de temblores de tierra, de hundimientos y de levantamientos de terrenos en una porción de partes del mundo, y singularmente en ambas costas y en las islas del Atlántico, indican el despertar extraordinario de los fenómenos cósmicos que han modelado el aspecto actual de nuestro planeta.

Entre los fenómenos verdaderamente notables observados en este último mes, descuellan uno de gran interés. La arcilla roja que cubre el fondo del Atlántico revela que existe debajo de aquellas aguas fuego cubierto por cenizas. Pues bien; en la Memoria oficial escrita por los sabios que el gobierno de los Estados Unidos envió para que estudiaran el volcanismo en las Antillas, se asegura que el fondo del Golfo de Méjico ha subido de nivel de un modo extraordinario en algunos sitios, tanto que la profundidad de las aguas ha disminuido en dos tercios.

¿Irá á surgir de nuevo del fondo de las aguas aquel poderoso continente llamado la Atlántida, al que fenómenos parecidos á los de ahora sumergieron bajo ellas?

Platón pone en boca de Sócrates el relato de aquella gran catástrofe, relato que le había sido hecho por Critias, el cual había escuchado de Solón esta tradición, llevada de Egipto por el legislador de Atenas.

«Nuestros libros—habían dicho á Solón los sacerdotes de Memphis—refieren cómo Atenas destruyó un poderoso ejército, que partiendo del Océano Atlántico invadía insolentemente á

Asia. Porque entonces se podía cruzar aquel Océano. Había en él una isla situada casi frente al estrecho que en vuestra lengua llamáis Columnas de Hércules. Aquella isla era mayor que la Libia y que Asia reunidas. Los navegantes pasaban de ella á otras islas, y de estas últimas el continente que baña este mar, verdaderamente digno de tal nombre, porque te hemos hablado (el Estrecho de Gibraltar) parece un puerto cuya entrada es angosta, mientras que el resto es un verdadero mar, de igual modo que la tierra que baña merece, por todos conceptos, su nombre de Continente. Pues bien, en aquella isla Atlántida los reyes habían formado una grande y maravillosa potencia».

Sigue un párrafo describiendo el poder de los atlantes y su derrota por los atenienses, y Sócrates añade:

«Pero en los tiempos que siguieron hubo grandes terremotos é inundaciones, y en un solo día y en una sola noche fatal, todos los guerreros de aquella raza fueron tragados por la tierra entreabierta. La isla Atlántida desapareció bajo el mar, y por eso hoy todavía no se puede recorrer ni explorar aquel mar, porque los navegantes tropiezan con obstáculos insuperables en la cantidad de cieno que la isla depositó al sumergirse».

Observando un mapa de la parte septentrional del Atlántico en que aparezcan en color cada vez más oscuro las profundidades de aquel Océano, tales como las han revelado los sondeos hechos para el tendido de cables trasa-



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA **Phosphadine Fullie**

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos.
De venta en los principales establecimientos de la República

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
★
+ AROUD +
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO SOLUCION TITULADA Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN Medalla de ORO de la Sad de F^a de Paris.
LABELONYE y C^a. 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

PARNASO VENEZOLANO

POR D. JULIO CALCAÑO

PRECIOS

A la rústicaBs. 3
Empastado.....Bs. 4

atlánticos y las investigaciones científicas hechas por el *Challenger*, el *Talismán*, el *Travailleur*, etc., sorprende ver una especie de enorme lomo que arranca de las Antillas, que tiene su centro en las Azores, y cuyas pendientes á Oriente y á Occidente van á caer á los profundos valles submarinos, cuyos taludes se alzan en Europa y en América.

En ese gigantesco lomo hay hacia S. O. una depresión inmensa, en la que el Atlántico alcanza su mayor profundidad, ó sea de 8.000 metros.

El filósofo griego no tuvo á la vista mapa alguno batimétrico, y sin embargo su descripción es tan precisa, que sugiere la creencia de que fue auténtica la tradición llevada de Egipto á Atenas por el legislador Solón.

¿Cómo y por qué se rompió la membrana terrestre que unía á Europa con América?

La masa del globo terrestre está dividida desigualmente entre la tierra y el agua. Hay en él 136.000.000 de kilómetros cuadrados de tierra, y 374.000.000 de mar. Además, exceptuando Australia y una sexta parte de Africa y de América del Sur, toda la tierra sólida está al Norte del Ecuador, y dos terceras partes de ella al E. del eje ideal de nuestro planeta. Este gira de E. á O.; pero como estos dos componentes de peso desigual, masa sólida y masa líquida, no giran exactamente con la misma velocidad, se produce un movimiento de torsión que poco á poco rompió la corteza terrestre abriendo el Golfo de Méjico, el canal medio del Atlántico, entre las Antillas y el Sahara, el Mediterráneo, el Mar Rojo, los abismos de donde surgen los arrecifes de coral de las Laquedivas, Maldivas, Andemant y Nicobar, los volcanes de Sumatra y Java, las islas de Pascua, etc.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjase el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

Marte sin canales y habitado

La teoría que afirma la existencia de canales en Marte ha recibido un golpe de muerte.

Hace ocho años, Maunder afirmó que los llamados canales no eran sino una serie de puntos oscuros demasiado pequeños para ser apreciados separadamente desde la Tierra, y que producen en la retina de los ojos humanos la ilusión de una serie de líneas difusas. Maunder, profetizó entonces que el primer descubrimiento importante que se haría observando á Marte, sería el de la existencia de series de puntos ó lagos en la superficie de aquel planeta.

El pronóstico se ha visto realizado.

En 1895, Lowel anunció que había descubierto en Marte series de puntos ó oasis.

Hace pocos meses, Millochou, el estudioso astrónomo del Observatorio de Meudon, usando el mayor reflector de Europa, el objetivo de 82,50 centímetros de los hermanos Henry, descubrió que los llamados canales de

Marte se componían de una especie de rosario compuesto de masas pequeñas, oscuras y de forma irregular.

Casi al mismo tiempo que este descubrimiento el profesor Hough, conocido astrónomo norteamericano, ha publicado sus teorías acerca de la habitabilidad de Marte, y forzoso es reconocer que tienen bastante lógica.

«Estoy convencido—dice—de que Marte está habitado y de que sus habitantes nos llevan probablemente una delantera de un millón de años.»

Desde luego tienen que ser más inteligentes que los hombres de la Tierra, si aceptamos la teoría de la evolución, como la aceptan casi todos los hombres de ciencia.

Como es más pequeño, se solidificó más rápidamente que nuestro globo, y sean las que quieran las formas de vida que allí existan, empezaron á nacer y á vivir cuando todavía la Tierra se hallaba en estado gaseoso.

EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1903

Está á la venta



ACRITUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO
TRATAMIENTO Complementario del ASM.
Soberano en
Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.

102, Rue Richelieu, París y en todas Farmacias del extranjero.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO
TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS
BRONQUITIS CRÓNICAS

L. PAUTAUBERGE, 9^{bis}, Rue Lacaze, París y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos
para suavizar, blanquear
y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Rechúcese los productos similares

J. SIMON
13. r. Grange butelière. Paris



GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

POBREZA

DE LA

SANGRE VINO DE BELLINI

en QUINA y COLUMBO

Este VINO fortificante, febrifugo, antinervioso, cura las Afecciones escrófulosas, Fiebres, Nervosismos, Falta de regulariza la Circulacion de la Sangre; conviene especialmente á los Niños, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

ENFERMEDADES

DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

todos han sido creados para que giren tanta é inútilmente por el espacio, es hacer una ofensa á Dios.

Desde el momento en que Marte, y es posible que también Mercurio y Venus, se hallan en condiciones para ser habitados por seres, no hay motivo alguno que impida creer que hay en ellos seres dotados de razón como los hombres. La forma de estos seres no importa nada; puede ser completamente distinta de los hombres, y es lógico que lo sea. Es más: aun en los planetas donde á nosotros nos parece imposible la vida, quizá exista ésta. El que nosotros necesitemos determinada atmósfera para vivir, no es razón alguna para que todos los seres del universo la necesiten. Aun en nuestro misma Tierra ocurre que muchos seres, sobre todo de los más diminutos, viven en condiciones dentro de las cuales no podría alentar ningún otro ser.

Estando los habitantes de Marte mucho más adelantados que nosotros, y siendo la superficie de la Tierra mucho mayor que la de su planeta, es lógico suponer que la gente de Marte conoce bien la Tierra; lo que hay es que necesitaríamos algunos miles de años para perfeccionar nuestros aparatos lo suficiente para poder verlos á ellos. Yo considero como una utopia el pensar que jamás lo consigamos, y lo mismo digo de la idea de comunicar con ellos.

Para descansar la vista

A las personas á quienes se les cansa la vista cuando leen ó escriben les convendrá saber el descubrimiento que accidentalmente ha hecho un escritor francés, y que según dice es un remedio excelente.

El sistema, que es sencillísimo, devuelve á la vista todas las fuerzas perdidas después de un largo trabajo.

El literato á que nos referimos estaba una no-

che escribiendo un artículo, y se le cansó la vista hasta el punto de tener que dejarlo sin terminar. Al retirar los ojos de las cuartillas se fijó en un montón de pedacitos de tela de seda de diferentes colores que había dejado su señora encima de la mesa. Aquellos colores alegres ejercieron una atracción especial sobre los ojos del escritor, y á los pocos minutos, cuando se dispuso á continuar el trabajo, notó que tenía la vista completamente descansada. Repitió el experimento varias veces y siempre obtuvo iguales resultados. Desde entonces tiene el tintero rodeado de una franja de seda de muchos colores, de modo que al mojar la pluma los ojos se fijen en el tintero y le descanse la vista.

Nos será siempre imposible saber qué forma tienen los habitantes de Marte; de lo que no cabe duda es de que tenían su planeta dispuesto para que vivieran en él miles y miles de años antes de que apareciera el hombre en la Tierra, y por consiguiente nos superan en inteligencia, puesto que han tenido todo ese tiempo para ganarnos la delantera en desarrollo intelectual y físico.

La mayoría de los astrónomos está hoy de acuerdo en que la vida animal puede existir en Marte. Se ha probado que las condiciones climatológicas de aquel planeta son bastante parecidas á las de la Tierra. Marte tiene atmósfera y está cubierto por una vegetación de color rojo. Esto es todo cuanto ha podido determinarse; pero el mayor telescopio del mundo no alcanza á permitir que se vean signos de vida animal allí.

Sería, sin embargo, verdadera insensatez suponer que existiendo, no uno, sino millones de sistemas solares, sólo estuviese habitado un planeta insignificante como es la Tierra. Pensar que los planetas y los astros

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TE

DUSSER, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS

Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazar

JARABE AUBERGIER

TOS

CATARROS

BRONQUITIS

INFLUENZA

INSOMNIO

Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN Y COMAR - PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS. 041



Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias

Jaquica

Ciática.

CLIN Y COMAR - PARIS

En todas las Farmacias.

607

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMLÉMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe ó Influenza, las enfermedades del Cutis, las Lombrices y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flomias.

Rehúese todo antiemlématico que no lleve la Firma PAUL GAGE

Depósito General, D^r PAUL GAGE Hijo, F^{co} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, París y en todas las farmacias

EXIASE DEL D^r GUILLIE OOCITAMATICO

Ratos Perdidos

Por F. de Sales Pérez

NUOVA EDICION

CON NUEVOS ARTICULOS

está á la venta

á 7 rles. ejemplar

Es preferible.—Desde Villa de Cura escribe el doctor H. F. Urdaneta:

“Me es grato manifestar que desde hace años he usado la Emulsión de Scott, tanto en mi propia familia como en mi clínica particular, y que siempre me ha dado los mejores resultados. La prefiero á las demás preparaciones de su clase y al aceite puro de hígado de bacalao, por ser más fácil de digerir y por no tener el gusto desagradable de este último.”

Los alimentos del porvenir

NADA DE PÍLDORAS NI DE PASTILLAS.—LO QUE DICE BERTHELOT.—MANJARES ARTIFICIALES, PERO APETITOSOS.—COMIDAS ABUNDANTES.

El ilustre químico francés M. Berthelot, precursor de la fabricación de alimentos artificiales para sustituir á los naturales, acaba de publicar un artículo interesantísimo dando cuenta de sus pensamientos y de sus trabajos. He aquí en extracto su notable escrito.

La posibilidad de fabricar por síntesis todas las materias orgánicas, disputada y tenida por quimérica hasta mediados del siglo XIX, está hoy demostrada y realizada de tal modo, que no admite discusión.

Los alimentos pertenecen á tres clases fundamentales: los cuerpos grasos, los azúcares y los hidratos de carbono, y los principios albuminoides. En 1845 realicé la fabricación artificial de los cuerpos grasos naturales por medio de sus compuestos más próximos: ácidos grasos y glicerinas; y experimentalmente he realizado la síntesis de los carburos de hidrógeno, es decir, de los generadores de los ácidos grasos y de la glicerina. Está, por lo tanto, demostrada la producción química de los cuerpos grasos y permite obtener no sólo estos, sino una infini-

dad de otros formados en virtud de las mismas leyes y susceptibles de las más diversas aplicaciones.

Lo mismo sucede con la fabricación química de los azúcares y de los hidratos de carbono, ó por lo menos de la mayor parte de ellos, desde los descubrimientos de Fischer.

Quedan los cuerpos albuminoides más complicados y más alterables; pero los métodos de síntesis que les serán aplicables, son investigados con gran celo por la generación presente, y no creo que haya ningún químico de nombradía que dude de la realización próxima de la síntesis de este último grupo.

Queda, por lo tanto, demostrada la posibilidad de fabricar químicamente todos los alimentos que sirven para sostener la vida del hombre.

En cuanto á la cuestión económica, es decir, en cuanto al coste de dicha fabricación, debo decir que problemas del mismo género han sido resueltos satisfactoriamente. Hoy día fabricamos la alizarina y el añil á precios más remuneradores que los del agricultor; el cultivo de la rubia y de las plantas productoras de los colores de la púrpura, está hoy abandonado; los laboratorios preparan además centenares de materias colorantes artificiales que rivalizan con los colores naturales. Lo mismo ocurre con los perfumes. Ya en 1860 había hecho yo la síntesis del alcanfor con los carburos de hidrógeno. Después se ha progresado de una manera inmensa en eso. Entre las substancias raras que ahora se fabrican artificialmente, pueden citarse el ácido fórmico elaborado con óxido de carbono; el acétileno, carburo sintético cuya

preparación se ha simplificado y se ha abaratado hasta el punto de que reemplaza con ventaja á los aceites vegetales en el alumbrado doméstico.

La ciencia ha dominado dificultades mucho mayores que la fabricación de alimentos artificiales, desde los tiempos en que los egipcios fabricaban cobre utilizando para ello las turquesas de las minas del Sinaí á un coste que hoy sería comparable al de la plata. La industria del aluminio es otro ejemplo de cómo se ha abaratado de una manera colosal un producto útil.

Las leyes descubiertas por los sabios permiten producir no sólo compuestos naturales, sino también formar á voluntad una infinidad de cuerpos artificiales análogos, que se prestan á una variedad extremada de aplicaciones.

Lo mismo que preparamos hoy una multitud de colores industriales, iguales ó superiores á los colores vegetales, obtendremos substancias alimenticias más sabrosas, más perfumadas, de una digestión y de una asimilación más pronta y más fácil que con los alimentos naturales.

Conviene, sin embargo, deshacer una ilusión muy arraigada. Bastantes personas se imaginan que los alimentos químicos permitirán reducir la alimentación á unas cuantas pastillas ó á unas cuantas píldoras. Eso es una fantasía. El hombre toma al día en estado de salud una cantidad de alimentos que encierra de 250 á 300 gramos de carbono y elimina de 15 á 20 gramos de ázoe. Añádase á esto una séptima parte que constituyen los elementos para las deyecciones. Tal es la dosis indispensable para nuestra alimentación cotidiana. No se puede pensar en que esa dosis quede reducida á una quinta esencia y concentrada en alimentos puramente químicos, como los álcalis terapéuticos que suministran las cortezas y los extractos vegetales.

El peso y el volumen de los alimentos, sea el que quiera su origen, continuará siendo considerable.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millones de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



ALCANCE

Ya impreso este número de EL COJO ILUSTRADO, y no debiendo nuestra Revista, como venezolana que es, aparecer indiferente cuando Venezuela mira cercenado su honor y amenazado su territorio, hemos decidido publicar en un alcance, la alocución dada al país por el señor Presidente de la República, General Cipriano Castro, con motivo de la insólita presión hostil que las escuadras alemana é inglesa

unidas han empezado bruscamente á ejercer sobre el puerto de La Guaira. Dichá alocución es la nota culminante del actual momento histórico de Venezuela. Y ojalá que, por lo que tiene de viril como por lo que tiene de generosa, encierre bastante virtud para desvanecer con su amplio soplo elocuente nuestros graves conflictos, exteriores é interiores:

Venezolanos!

La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria!

Un hecho insólito en la historia de las naciones cultas, sin precedentes, sin posible justificación, hecho bárbaro, porque atenta contra los más rudimentarios principios del Derecho de Gentes, hecho innoble, porque es fruto del contubernio inmoral y cobarde de la fuerza y la alevosía, es el hecho que acaban de realizar en la Rada de La Guaira, hace pocos momentos, las escuadras alemana é inglesa; sorprendieron y tomaron en acción simultánea y común, tres vapores indefensos de nuestra armada, que habian entrado en dique para recibir reparaciones mayores.

Venezolanos!

El duelo es desigual porque el atentado ha sido consumado por las dos naciones más poderosas de Europa, contra éste, nuestro País, que apenas convalece de largos y dolorosos quebrantos y porque ha sido realizado de aleve manera, pues Venezuela no podía esperar tan insólita agresión, desde luego que no habian precedido las fórmulas de estilo en semejantes casos; pero la justicia está de nuestra parte, y el Dios de las Naciones que inspiró á Bolívar y á la pléyade de héroes que le acompañaron en la magna obra de legarnos, á costa de grandes sacrificios, Patria, Libertad é Independencia, será el que en estos momentos decisivos para la vida de nuestra nacionalidad, nos inspire en la lucha, nos aliente en el sacrificio y nos asista en la obra también magna de consolidar la Independencia Nacional.

Por mi parte, estoy dispuesto á sacrificarlo todo en el Altar Augusto de la Patria, todo, hasta lo que pudiera llamarse mis resentimientos por razón de nuestras diferencias intestinas.

No tengo memoria para lo que de ingrato pueda haber en el pasado. Borrados quedan en mi pensamiento de político y de guerrero todo lo que fue hostil á mis propósitos, todo lo que ha podido dejar una huella de dolor en mi corazón. Delante de mí no queda más que la visión luminosa de la Patria como la soñó Bolívar, como la quiero yo.

Y puesto que ésta no puede ser grande y poderosa, sino en el ambiente de la confraternidad de sus hijos, y las circunstancias reclaman el concurso de todos éstos, en nombre de aquéllos mis sentimientos y de éstas sus necesidades, abro las puertas de todas las Cárceles de la República para los detenidos políticos que aún permanecen en ellas; abro asimismo las puertas de la Patria para los venezolanos que por iguales razones se encuentran en el extranjero, y restituyo al goce de las garantías constitucionales, las propiedades de todos los revolucionarios que estaban embargadas por razones de orden público. Más todavía, si sobreviviere á los acontecimientos y fuere preciso para la salud de la Patria despojarme del elevado carácter con que me han honrado los Pueblos y con el cual voy á la lucha, estoy listo á mi separación á la vida privada, quedando siempre mi espada, por supuesto, al servicio de la República; y podéis estar seguros de que me retiraré satisfecho, sin sentir la nostalgia del Poder, porque mi aspiración mayor es ver á mi Patria grande, prospera y feliz.

Venezolanos!

El Sol de Carabobo vuelve á iluminar los horizontes de la Patria, y de sus resplandores surgirán temeridades, como la de las Queseras del Medio, sacrificios como el de Ricaurte, asombros como el de Pantano de Vargas, heroísmo como el de Ribas y héroes como los que forman la constelación de nuestra grande Epopeya. Y hoy, que por una feliz coincidencia conmemoramos la fecha clásica de la gran Batalla decisiva de la libertad Sur Americana, «la Batalla de Ayacucho,» hagamos votos porque nuevos Sucesos vengan á ilustrar las gloriosas páginas de nuestra Historia Patria.

CIPRIANO CASTRO.

Caracas: 9 de diciembre de 1902.

